

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1864. — TOMO XXIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.  
Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 23. — Nº 576.

## SUMARIO.

W. M. Thackeray; grabado. — Revista española. — La isla de Aisen; grabados. — Exequias del rey Federico VII; grabados. — Revista de Paris. — Nuestra Señora de Loreto. — Academia imperial de música; grabados. — Paris y Londres en 1793. — Actualidades, por Cham; grabados. — El gamo y el ciervo; grabados. — Un amor inalterable. — Paul Julien; grabado. — Los wagones de los ferrocarriles calentados por el aire caliente; grabados. — Problemas de ajedrez; grabado.

## W. M. Thackeray,

NOVELISTA INGLES.

Uno de los primeros *humourists* que haya contado la Inglaterra desde Fielding, William Makepeace Thackeray, acaba de morir, habiendo sido arrebatado en algunas horas por los espasmos de estómago que padecía, y cuya frecuencia había acabado por engañar a sus amigos acerca de su escaso peligro.

Thackeray nació en Calcuta, donde su padre era *civilian* al servicio de la compañía de la India.

Pertenecía a una antigua familia del Yorkshire. A los siete años pasó a Inglaterra, y el buque que le trasportaba tocó en Santa Elena. El negro que le servía le señaló a lo lejos un personaje que miraba al Océano, y le dijo:

— Es Bonaparte; se come tres carneros cada día, y cuando puede coger a un niño, le muerde.

Thackeray hizo sus estudios en Charter-House, y luego en Cambridge, y sin brillar jamás como *scholar*, adquirió una instrucción sólida y variada. Mas tarde trazó el cuadro de su vida en Charter-House; el Grey-Friars de sus novelas es esa escuela célebre. En Cambridge trabó amistad con Tennyson.



William Makepeace Thackeray, novelista inglés.

Sus gustos le encaminaban a las artes. Comenzó su paseo por Europa visitando la Francia, frecuentó los estudios artísticos de Roma, estuvo en Weimar, donde vivió en la intimidad de la familia de Goethe, y llamado por su padre, tomó parte en la redacción de un periódico que este había fundado para sostener los principios del liberalismo acentuado, *the Constitutional*. La empresa no salió bien, produjo grandes pérdidas a la familia Thackeray, que pasó entonces a establecerse en Boulogne del Mar.

Thackeray comenzó a escribir cultivando la poesía. Sus versos no carecen de elegancia, pero desenvuelve poco la idea. M. Barnes, director del *Times*, le tomó algunos artículos de crítica literaria.

*The History of Samuel Titmarsh* y *The Great Hoggarty Diamond*, publicados en album, fueron recibidos con favor, sobre todo por los inteligentes, como John Sterling. Desde entonces la reputación de Thackeray creció de día en día.

Nos limitaremos a recordar los títulos de sus principales obras: *Irish Sketch book*, *Mistress Perkin's Ball*, el *Viaje de Cornhill al Cairo*, publicadas en parte en el *Punch*, así como el famoso libro de los *Snobs*. El *snobbismo* en Inglaterra es la adoración de lo positivo, de lo oficial, de lo convenido, la veneración por el hombre en candelero, por los títulos y las casacas bordadas. Si no en todos los países la palabra, la cosa existe: Thackeray hizo desfilar ante un público donde abundaban los *snobs*, toda una galería dibujada con un vigor y un relieve increíbles, el muy reverendo obispo de Tapioca, el muy honorable lord Gales...

*Vanity Fair*, la más considerable de las novelas de Thackeray, traducida hace algunos años para los lectores del *Correo de Ultramar* (vol. XII).

*Pendennis*, donde la crítica ha querido ver una especie de autobiografía;

*Memoirs of Barry Lindon*;  
*History of Henry Esmond*, ensayo de novela histórica y arqueológica muy apreciado por los eruditos, escrito con cuidado, y que sin embargo no obtuvo un gran éxito;

*The Newcomes.* El carácter del personaje principal, el coronel Newcome, ha sido comparado con el *Uncle Toby*, de Sterne, y con el sir Roger de Coverley, de Steele y de Addison;

*Lovel the widower;*

*The adventures of Philip.*

Thackeray, siguiendo el uso de los escritores de fama, dió *lecturas* en Edimburgo, y dos veces en América, sobre los *Humoristas ingleses* y sobre los *Cuatro Jorges*, que despues se reunieron en volúmenes. En la serie de los *Cuatro Jorges* se halla este párrafo citado á menudo como característico de la aspereza de Thackeray: «El sagrado sucesor de Jorge III tenia debajo de su casaca un chaleco, luego otro chaleco, luego otro chaleco, y luego nada mas.»

Thackeray tuvo un instante la idea de entrar en la política. Se pasó de abogado, y desde 1848 tenia derecho al título de *learned counsel*. En julio de 1857 solicitó los sufragios de los electores de Oxford, y su competidor, M. Cardwell, no ganó la victoria sino por pocos votos (1,085 contra 1,018). Thackeray volvió á las letras y fundó en 1860 el *Cornhill's Magazine*, con un éxito tal que del primer número se vendieron treinta mil ejemplares; pero la direccion de una publicacion periódica con todos sus cuidados administrativos, no era para Thackeray, y así fué que abandonó la empresa en 1862.

Thackeray ocupará un puesto considerable en el grupo de hombres célebres nacidos para cobrar fama en la época de la reina Victoria, y que por esta razón llaman *victorianos*: Carlyle, Macaulay, Grote, Froude, John Stuart Mill, Buckle, Jerrold, Dickens, Tennyson, Browning, Ruskin, Currer Bell... Se ha comparado á Thackeray con madama de Sevigné y con Walpole, pero estos son paralelos falsos; para encontrar sus antepasados intelectuales, es preciso remontar á Swift, Steele, Foe y Fielding; únicamente Dickens le ha sido superior, no por la sagacidad ó la profundidad, sino por la extension.

El carácter de Thackeray se hallaba á la altura de su talento, con el cual tenia analogías muy notables. Thackeray ocultaba bajo un aire sarcástico, un gran fondo de verdad. En una de las numerosas estancias que hizo en Paris, donde era muy conocido y estimado, uno de sus amigos le fué á visitar al hotel Bristol. Thackeray tenia sobre un mueble una cajita como las que dan los farmacéuticos, llena de moneditas de oro y con este letrero: *Se usa en pequeñas tomas.*

— ¿Qué quereis hacer con esto? preguntó el amigo.

— Me han recomendado un pobre anciano enfermo á quien voy á ver, respondió Thackeray, y he pensado que estas píldoras le curarian mejor que otras.

Thackeray deja dos hijas, de las cuales una se ha dado á conocer en las letras con una bonita novela.

Tal era el hombre que lo mas escogido de la Inglaterra ha seguido al cementerio de Kensal-Green.

D. O.

### Revista española.

El último día del año. — Filosofía. — Deseos del cronista. — Fotografía de Madrid. — Conciertos, festines, banquetes. — Teatros. — *La Cosecha*, drama de Luis Mariano de Larra. — *Un eclipse parcial*, comedia de García Gutierrez. — Cero en materia de nuevas publicaciones. — Un muerto resucitado y un pobre hombre.

Hoy es el último día del año 1863.

Los árboles de la Fuente Castellana se desprenden de sus hojas amarillas y las arrojan al suelo balanceándose al impulso del aire del invierno.

Las nubes, esas hijas vaporosas de los mares y del espacio, se enredan con misterioso desorden en el velo de la atmósfera, y amenazan derramar sobre la yerta naturaleza, lágrimas que la vivifiquen y la fecunden.

El Guadarrama levanta su frente majestuosa, como un gigante que se vislumbra á través del horizonte, y empapa en sus heladas vertientes los húmedos y desatados ciervos de la noche.

Pasó la época festiva de las Pascuas, del regocijo, del portal de Belén y de los pastores de la montaña, y el año 63 agoniza hoy lentamente á los últimos resplandores del moribundo sol.

¡Qué grande debe ser la tumba de 365 días! ¿Y qué mayor sepulcro que el sepulcro del tiempo?

¡El sepulcro los tronos, las ciudades, los imperios, las glorias y los siglos!

El tiempo es indudablemente el gran monstruo de la creacion.

Un año que muere es un círculo de nubes mas en el horizonte de nuestra mente, un cabello blanco en las ensortijadas trenzas de una mujer hermosa, unas cuantas hojas desprendidas del árbol de nuestras ilusiones, un pequeño vacío en el fondo de nuestro corazón, una lágrima en fin que vuela á perderse en el hondo valle de las lágrimas.

El año muere sin ruido, como los ecos y como las auras.

El año que se aleja es el gran libro que dejamos escrito en las espaldas de la vida.

El niño ha trazado en él los entretenimientos agradables de sus años infantiles; los enamorados el extravío y abandono de sus noches de luna; las mujeres el número de las flores que sorprendieron en el mes de la primavera; los filósofos las impresiones y los desvelos

de su profunda meditacion; y los padres de familia escriben las caricias de sus hijos y los cuidados maternales de sus esposas.

¡Todo se renueva, las esperanzas, los deseos, los desengaños!

Los regalos aguardan el momento de satisfacer su capricho, de halagar la vanidad, de servir de pretexto á la adulacion.

¡Estos instantes de agonía, cuánto incitan á la meditacion! Pero ¿cumpliría mi deber confiando á mis lectores las ideas que se reunen, se agrupan y condensan en mi mente? ¿Acaso no saben lo que quieren decir estas tres palabras: *Un año mas*, que son el *Mane Thecel Phares* continuo de la humanidad?

Ni yo mismo quiero pensar en lo que pienso, y para distraer mi imaginacion, para separarla de los insondables abismos adonde quiere llevarla el año que concluye, buscaré en vuestras bondadosas miradas un horizonte risueño, y despues de deseáros un año felicísimo, proseguiré mi agradable tarea.

Quiera Dios què muchos años continuemos, vosotros repasando estas líneas que os entretienen con los sucesos de una nacion de hermanos vuestros, yo escribiendo, y acertando á llevaros con las noticias mas interesantes la expresion de mi afecto y de mi gratitud.

Pero empeceemos la acostumbrada tarea.

El mes de diciembre puede sintetizarse con esta palabra: *Regocijo*.

Hasta el día 24, proyectos y esperanzas; desde el 24 en adelante, alegría, festines, felicitaciones, qué sé yo...

¿Pero para qué he de pintaros todas las escenas á que han dado lugar las últimas festividades, si vosotros las presenciáis ahí, donde las costumbres como el idioma y la religion son las mismas que aquí?

Permitidme que os haga gracia de reseñas que os parecerian copias mal acabadas, para obsequiaros con una fotografía de Madrid, hecha de mano maestra por un poeta ilustre, García Gutierrez, y puesta en boca de uno de los personajes de su última comedia el *Eclipse parcial*, de la que os hablaré despues.

Si quereis conocer la fisonomía de esta córte, nunca mejor ocasion que la que se os presenta.

— ¿Qué novedades ha hallado Vd. en Madrid? pregunta uno de los interlocutores de la comedia al *fotógrafo* en cuestion.

Y el *fotógrafo*, con el hermoso sol de la inspiracion, produce de este modo su retrato. En cuanto á novedades, dice:

« He hallado la de que está  
Como lo dejé al marcharme.  
Cuatro casas adornadas  
Con lirras de azúcar cande,  
Y angelitos de alfeñique  
Y mascarones de ojaldre.  
Estamos muy atrasados  
En mejoras materiales;  
¿Verdad? y ya no tenemos  
Ni aun gusto para las artes.  
La policia no ha dado  
Un paso, y el que á pié sale  
No escapa de barro ó polvo:  
Dónde no hay piedras, hay baches.  
Los mendigos me persiguen,  
Y encuentro por esas calles  
Los ladrones sin grillete,  
Y los perros sin bozales.  
En el siglo de las luces,  
De media noche adelante  
Recuerdo los generosos  
Reverberos de mis padres.  
Pues ¿y en costumbres? ¡no digo!  
Aun hay seres racionales  
Que juegan á los estrechos  
Entre damas y galanes.  
Hay tertulias domingueras  
Y teatros particulares  
Donde se ve degollar  
A los autores, de balde.  
Hay quien vistiendo levita  
Come á las dos de la tarde,  
Y aun mas temprano, el garbanzo  
De los siglos patriarcales.  
Encuentro que no han cambiado,  
Y ya no espero que cambien,  
Mis dos fieros enemigos:  
Los cocheros y los sastres.  
Los mismos pollos que pian;  
Mas no es decir que lo extrañe,  
Que son pollos, y los pollos  
Son lo mismo en todas partes.  
Una novedad les hallo,  
Y es que se subian antes  
A las barbas, y hoy se suben  
Al presupuesto... ¡y en grande! »

El retrato es acabado y parecido.

Los bailes aristocráticos escasean, en cambio los banquetes se repiten, lo que prueba que lo sólido predomina sobre lo aéreo.

Hemos tenido conciertos en Palacio, en casa de la condesa de Montijo, en casa de la duquesa de la Puente,

en el Conservatorio, y en todos ellos han sido los héroes, los niños mimados, el inimitable violonista cubano señor White, y la hechicera, encantadora y adorable Adelina Patti.

La Nochebuena se ha celebrado con muchas y aristocráticas cenas: la mas animada ha sido la que han ofrecido á sus amigos los duques de la Torre. La bellísima y simpática duquesa sabe convertir sus salones en *Paraiso*, y sus palabras en *Gracias*. A su lado, la animacion, la alegría, el buen tóno, parecen adquirir nuevos encantos.

En la embajada rusa hay reuniones todos los viérnes, y se prepara una extraordinaria, porque al embajador le ha caido el premio grande de la loteria de Navidad, y quiere solemnizar este fausto suceso.

La duquesa de Medinaceli ha prometido abrir muy pronto su teatrito, los actores estan convocados, y los ensayos empezarán en breve.

Una vez que hemos llegado á las puertas del templo del arte, entremos. Los teatros han guardado en diciembre la mayor parte de sus novedades para las bulliciosas y alegres noches de Navidad; y las empresas que se han aventurado á ofrecer obras nuevas han tenido tan adversa fortuna, que á no ser el teatro que dirige nuestro célebre actor Julian Romea, los demás soñaron triunfos y realizaron derrotas.

*El último que lo sabe*, comedia representada en el Príncipe y acompañada durante toda la representacion con los silbidos y chicheos del público, vino á probar que *el último que sabia* el valor de su obra era el desventurado autor.

Pocas noches despues se repetía la *misma funcion* en el teatro del Circo. Se representaba el drama titulado *Una madre*, y á pesar de lo sentimental y respetable del asunto de esta produccion, su autor tuvo el acierto de enmarañar una accion sencillísima; de aqui resultó confusiu para el público, y de la confusion las honras fúnebres del drama, en la nada poética forma de silbidos y toses.

En cambio en Variedades se representaba en medio de los mas espontáneos aplausos una obra del inspirado poeta Luis Mariano de Larra, titulada *la Cosecha*.

La cuestion que se resuelve en esta produccion es de un interés tan palpitante, que bien merece ser conocida y juzgada por mis apreciables lectores.

Escuchen pues y juzguen.

Don Juan, hombre de mundo, independiente de los lazos que forman la familia, con la fortuna necesaria para librarse de los disgustos que proporcionan las privaciones, ha pasado su vida entre placeres, y á fuerza de gozar, hastiado y descreido, llega á un estado de indiferentismo tan grande, que ni aun la voz de su conciencia conmueve á su alma.

Enrique, sobrino suyo, educado por él en la misma escuela, vive en su compañía en una intimidad tan grande, que mas parecen camaradas que parientes.

El jóven tiene fe, y su fe lucha con el escepticismo de su tío, pero el fuego de la juventud lo domina todo, y llega á enamorarse de una mujer, que por su situacion excepcional le desespera y le fascina.

Esta mujer es una jóven que vive en la opulencia, sin mas familia que una tia advenediza. Su existencia se halla rodeada de un misterio impenetrable, á los ojos del público aparece como una *entretendida*, y aun para ella misma su origen y su situacion participan del misterio que la rodea. Ama tambien á Enrique, pero no se oculta lo libre de su inconcebible posicion.

Un hombre, el mismo don Juan, ¿á qué detener la accion al relatarla? don Juan, decimos, presentándose á ella como un amigo de su padre, la sacó de un colegio de Francia en donde habia pasado los primeros años de su vida, la rodeó de lujo, de las comodidades en que vivía, la visitaba de cuando en cuando, pero nunca descorria á sus ojos el velo de su desconocido pasado.

Ante las dudas, ante las terribles sospechas de Enrique, Magdalena se decide á llamar á don Juan para rogarle que descifre el enigma: si como las apariencias le hacen creer, su protector, al ofrecerle la fortuna que disfruta, abriga un pensamiento ruin, ¿para qué quiere las riquezas? Magdalena comprende que su felicidad es el amor de Enrique.

La entrevista que tanto anhela se verifica. La jóven, cuya orfandad ha condenado su corazón al infortunio, le recuerda cuanto sabe de su historia, le confía los pesares que han amargado su corazón, y concluye rogándole por lo mas santo, que le explique el misterio de su existencia.

Este deseo conmueve y agita á don Juan, la conciencia dormida se despierta, pero todavia no habla, y se separa de Magdalena sin calmar su ansiedad.

Semejante obstinacion decide á la jóven: Enrique vuelve, y ella, despojándose de las galas que adornan como un sarcasmo su tristeza, despreciando las riquezas que la abruma, despues de convencer á su amante con un sagrado juramento de su pureza, huye con él, dejando á su enfadada y advenediza tia una carta para don Juan.

Don Juan llega resuelto á cumplir los deseos de la jóven, pero llega tarde. En vez de hallar á Magdalena, encuentra esta terrible carta, que Romea lee de una manera admirable:

A usted en balde acudí  
De mi orfandad en defensa;  
Yo le perdono la ofensa  
Que ha hecho á mis padres y á mí.  
Yo renuncio á la fortuna  
Que el reposo me quitaba,

Que si ella me deshonraba,  
No me hace falta ninguna.

La memoria de mi madre  
Mi labio á la queja sella,  
Haga usted rezar con ella  
Por el alma de mi padre.

La impresion que estas líneas producen en su alma es terrible. La conciencia se apodera del criminal, le grita y exclama:

¡Ay de mí! ¿Qué es lo que he hecho  
De toda mi larga vida?  
¡Qué emocion desconocida  
Me está desgarrando el pecho!  
¡Yo como todos creí,  
Que no era un crimen dejar  
Fuera del paterno hogar  
Al ser que nació por mí!  
¡Y yo tranquilo vivía!  
¡Y he reído! ¡Y he gozado!  
¡Yo era un vil! ¡Yo era un malvado!  
¡Y nadie me lo decía!  
¿Qué es lo que á aquel que reúne  
Oro y juventud le aterra?  
¡Tantas leyes en la tierra  
Y tanto crimen impune!  
¡Y matan al que asesina,  
Al que roba en despoblado,  
Al que al crimen empujado  
En él encuentra su ruina,  
Y á nadie la ley perdona  
Como criminal le llame,  
Y no matan al infame  
Que á sus hijos abandona!  
Maldito de Dios viví  
Y hoy despierta mi razon.  
¡Perdon, Dios mio, perdon!  
¡Perdon, perdon para mí!

Pero esto no es bastante: el autor no se contenta con dar este martirio al corazón del padre natural. En el tercer acto, cuando don Juan, luchando consigo mismo, quiere engañarse, derramando con sus labios la hiel de su escepticismo para estorbar que Enrique lleve á cabo su proyecto de unirse con la mujer que le ha seguido hasta su casa, su martirio no puede ser mayor al descubrir que la amante de Enrique es su hija.

Este dolor se agrava cuando despues de confesarle que es su padre, ve que la jóven se retira de su lado y dice con profunda amargura:

¡Cómo! ¡yo hija de ese hombre  
Que ha dejado que se cebe  
En mí la calumnia alevé  
Manchando mi honra y mi nombre!

Bajo el peso de esta terrible acusacion, exclama el padre arrepentido elevando sus ojos al cielo:

Tu justicia satisfecha  
Debe estar... ya me dió el fruto:  
Yo he sembrado infamia y luto,  
Y es de llanto la cosecha.

Demostrar esto ha sido el pensamiento del poeta, y lo ha logrado por completo. Pero en medio de la emocion que causa el drama, en medio de las brillantes imágenes, de los inspirados pensamientos que avaloran su versificación, en medio de los caracteres trazados de mano maestra, nos parece que el de Magdalena hubiera sido mas simpático, mas natural, si en vez de presentarse irritada, altanera; se hubiera presentado con esa dulzura, con esa abnegacion que inspira el sufrimiento. La desgracia no es rencorosa, quien ha sufrido mucho no sabe odiar, y sin embargo, el odio y el rencor son los que ponen en los labios de Magdalena la terrible acusacion que fulmina contra su padre.

Con una frase se mata  
Y tú me has muerto...

le dice este. De nada sirve que despues le perdone la jóven: lo natural es que la hija al hallar á su padre le tienda sus brazos, porque este impulso es inevitable, es la sangre la que habla. Si el padre es criminal no es el hijo quien debe castigarle.

Todo el interés que despierta el desgraciado que respeta y ama á su padre, se trueca en repugnancia al verle levantar la mano contra el autor de sus dias.

Dumas, hijo, ha proclamado la venganza filial como un correctivo de los padres naturales. Larra no sigue este camino, pero niega en cierto modo la voz de la naturaleza. Yo no pienso del mismo modo, y creo inmoral cualquier acto de represalias en este concepto. El hijo que mortifica á su padre, que se erige, si quiera sea momentáneamente en su verdugo, se hace odioso. Para la naturaleza no hay mas que una clase de hijos y una clase de padres. Las leyes en este caso no pueden alcanzar al corazón.

Esta obra se ha representado con gran éxito, y ha desaparecido de la escena para ceder su puesto á las funciones de Pascua.

Estas han sido como todos los años, muy medianas, y no merecen la pena de que os hable de ellas.

Con todo, entre las malas ha habido una notable, y no es justo condenarla con el silencio y el olvido.

Esta comedia es la de que mas arriba he hablado á mis lectores, el *Eclipse parcial*, obra bellísima debida á la inspirada pluma del distinguido autor del *Trovador*.

Es la comedia que verdaderamente nos ha dado una noche buena.

En un principio se tituló *el Divorcio*, y tiene por principal objeto ofrecer lo tristísimo de esas separaciones voluntarias de dos esposos que se han amado y que creen no amarse ya, cegados por el hastío, por el orgullo ó por el amor propio, cuando debajo de las aparentes cenizas de su pasado amor, se conserva la chispa que ha de animar de nuevo la llama, que ha de estrechar el aflojado lazo de dos corazones que han sido y no pueden ser mas que uno solo.

Esta chispa es en la comedia de que hablamos el recuerdo de un hijo que palpita en el seno de la esposa, que brindó la mas pura de las felicidades al marido, y que la muerte les robó para que tuvieran en el cielo un ángel que velase por su bien.

Pero este matrimonio tan feliz al principio, en una de esas posiciones desahogadas en las que los recursos parecen ahuyentar del hogar las incomodidades que á la sombra de la escasez vienen á trastornar la paz doméstica, llega á un momento de crisis, en el que la ociosidad tal vez, aunque no nos lo dice el autor de la comedia, hace pensar al marido que la libertad es una grandeza. Suspirando por este idolo empieza á descuidar á su mujer, llega a faltarle, y despertando en su alma mas que los celos, el orgullo, consigue realizar lo que desea, esto es, que la ley rompa los lazos que el amor primero y la religion despues, han estrechado y bendecido.

Convencidos de que para ser felices necesitan separarse, si no de casa, por lo menos de habitacion, entablan de mutuo acuerdo la demanda de divorcio y solemnizan su desunion, ella asistiendo á un baile aristocrático, él yendo á visitar á su querida, para acudir mas tarde al baile embellecido con la presencia de su ex-cara mitad.

Adela, que este es el nombre de su esposa, tiene una hermana, que la quiere mucho, y que está próxima á casarse con un jóven abogado que adora en ella, y que á su buen talento reúne una bondad de alma y una honradez que le hacen altamente simpático.

El ejemplo que los esposos separados les ofrecen, en vez de presentarles el matrimonio con sombríos colores, los une mas y mas, porque al deseo de hacerse mutuamente felices, añaden otro no menos vivo, el de anular el fallo de la ley, devolviendo á dos corazones estrechamente unidos, aunque alejados en la apariencia, la ventura que necesitan, que tienen, y que su ceguedad no les deja aprovechar.

Los dos amantes, con una generosidad, con un desprendimiento digno de admiracion, suspenden su ambicionado enlace, ven á su lado el mal, y hasta consolarlo, hasta extinguirlo, no pensarán en su felicidad. Abnegacion bellísima que ilumina toda la obra del señor Garcia Gutiérrez como una claridad celeste, que baña lo tristísimo del cuadro con un tinte de poesia encantador.

No es ciertamente en un baile donde mejor pueden verse las consecuencias de una ruptura como la de los dos esposos; estas fiestas con su brillo, con su aparato adormecen en cierto modo los dolores del alma, las joyas, los adornos, el lujo, la elegancia parecen sonreír y deleitarse en hacer olvidar á los humanos las miserias de la vida, los pesares ocultos en los pliegues del alma. Pero en un baile y rodeada la mujer de todos sus atractivos naturales y artificiales, cuando no tiene á su lado un esposo, un padre ó un hermano, cuando se sabe que por su gusto ha roto los lazos que le ligaban al amor conyugal, está mas expuesta que nunca á las asechanzas de esos hombres cuya vida es una continua aventura.

Adela se ve asediada por un íntimo amigo de su esposo, pero aunque le desprecia, como esta sola, como ella misma ha contribuido con su orgullo á fabricar el puñal que ha de herirla en su orgullo, el atrevido amante de la súplica pasa á la amenaza, y de la amenaza al insulto.

El esposo de Adela, que acaba de recibir un desengaño encontrando al futuro de su cuñada en casa de su querida con *bata* y con *chinelas*, como dice, sabe por la jóven el insulto que acaban de inferir á su esposa. Luchando entre el ridículo que puede caer sobre él si defiende á su mujer, con quien está divorciado, las súplicas y las acusaciones de su hermana, y el amor que contra su voluntad profesa á Adela, provoca al ofensor y se bate con él. Despues de castigarle vuelve á su hogar á despedirse de su esposa, y *el ángel de la casa*, su bondadosa cuñada, se vale de todos los medios para convertir la despedida en una reconciliacion eterna.

El recuerdo del hijo que está en el cielo, domina los mezquinos sentimientos que levantan obstáculos á la felicidad de los esposos; y confundiendo en un cariñoso abrazo, olvidan lo pasado y se entregan al venturoso porvenir que les sonríe.

El *Eclipse parcial* termina, y la luna... una luna de miel, tan costosamente recuperada, brilla en el cielo de aquel hogar, transformado momentos antes en mansion de dolor.

Decir que la comedia del señor Garcia Gutiérrez está escrita con delicadeza, con verdadera inspiracion, que tiene rasgos brillantes y conceptos bellísimos, es inútil, porque el autor del *Trovador* es un verdadero poeta, y todo lo que brota de su pluma lleva ese sello que le ca-

racteriza, y que tantos y tan preciosos laureles le ha ofrecido en su bien aprovechada carrera.

Sin embargo, son dignos de conocerse los siguientes versos de una de las mejores escenas, en los que se ve retratado de una manera admirable el carácter de Facundo, escéptico si los hay, y amigo del conde, aunque no de su honra, puesto que es el que aspira á los favores de la esposa divorciada.

La escena es entre el conde y Facundo, y el párrafo que deseo regalar á mis lectores dice así:

CONDE.  
¡Qué reputacion tan negra  
Tienes en toda la corte!

FACUNDO.  
¡Quién! ¿Yo?

CONDE.  
¡Por tu mala vida!

CARLOS.  
La fama así lo proclama.

FACUNDO.  
No diré que no: la fama  
Es una mujer perdida.  
¡Pues no digo su comparsa!  
Tras de impudente y parlera,  
Es tambien la compañera  
De la calumnia y la farsa.  
Ni al mas honrado varon  
Su rara virtud perdona;  
Por ella no hay ya matrona  
Ni virgen con opinion.  
Le duelen las alegrías;  
Solo con el vicio es blanda;  
¡Pero qué ha de hacer quien anda  
En tan malas compañías!

CARLOS.  
¡Pobre amigo, me das pena!  
¡Y qué máximas difundes!  
— Hay dos famas, y confundes  
A la mala con la buena;  
Y el que quisiere vivir  
Estimado en este mundo,  
Ese no puede, Facundo,  
De la buena prescindir.

FACUNDO.  
Si la hay buena, todavía  
No lo sé.

CARLOS.  
¡Desgracia ha sido!...

FACUNDO.  
Te juro que no la he oido  
Decir « esta trompa es mía. »

Tambien merece recordarse un párrafo de un diálogo entre el conde y el futuro esposo de su cuñada, en el que aquel manifiesta su contento por haberse separado de su esposa.

CONDE.  
¡Carlos! ¡Qué hermosa es la luz!  
¡Ahora es cuando vivo!

CARLOS.  
¿Pues?

No entiendo.

CONDE.  
¿No dicen que es  
El matrimonio una cruz?

CARLOS.  
Es verdad.

CONDE.  
Por mí lo he visto.

CARLOS.  
No siempre florida y bella,  
Pero santa, como aquella  
Que fué suplicio de Cristo.  
Y el divorcio, sin razon,  
Tambien es cruz.

CONDE.  
Ciertamente,

Pero...

CARLOS.  
Sí; muy diferente:  
Es la cruz del mal ladrón.

¡Bellísimo pensamiento que no deben olvidar nunca los casados con predisposicion á descasarse!

Pero pongamos aquí punto al capítulo de los teatros, para entrar en el de los libros nuevos.

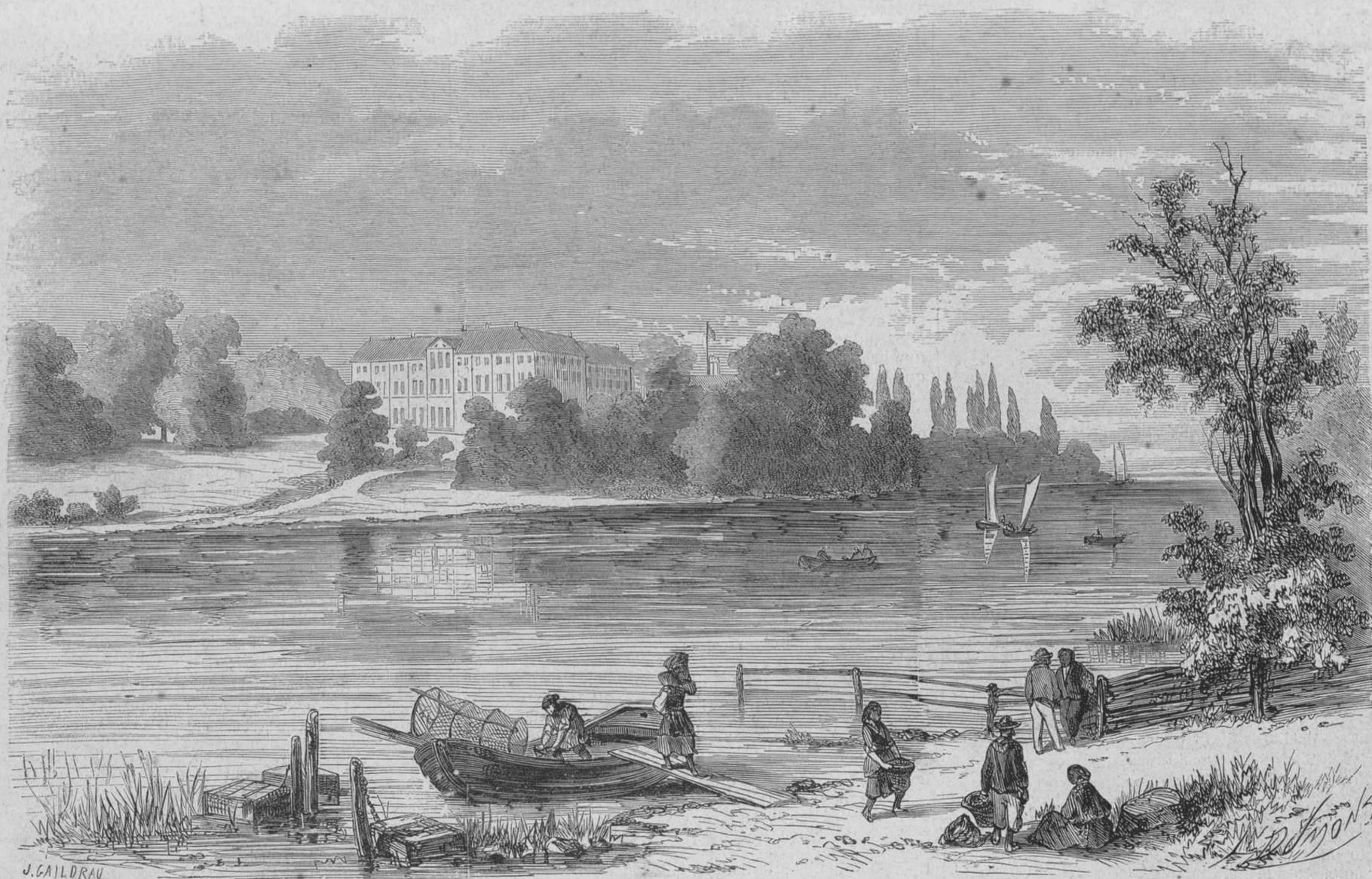
En todo el mes de diciembre no se ha publicado nada notable: dos almanaques, y pare Vd. de contar.

En cambio los periódicos nos asustaron anunciándonos la muerte del célebre poeta don Ventura de la Vega, cuando mas aliviado se hallaba de la dolencia que le aflige.

Esto hubiera sido cruel, pero afortunadamente no fué mas que una noticia de periódico.

La supuesta muerte del eminente literato ha dado lugar á varios lances curiosos, que voy á referir á mis lectores, para dar fin á mi revista.

El señor E., persona que frecuentaba la casa del mencionado poeta, pero en la que no habia estado hacia

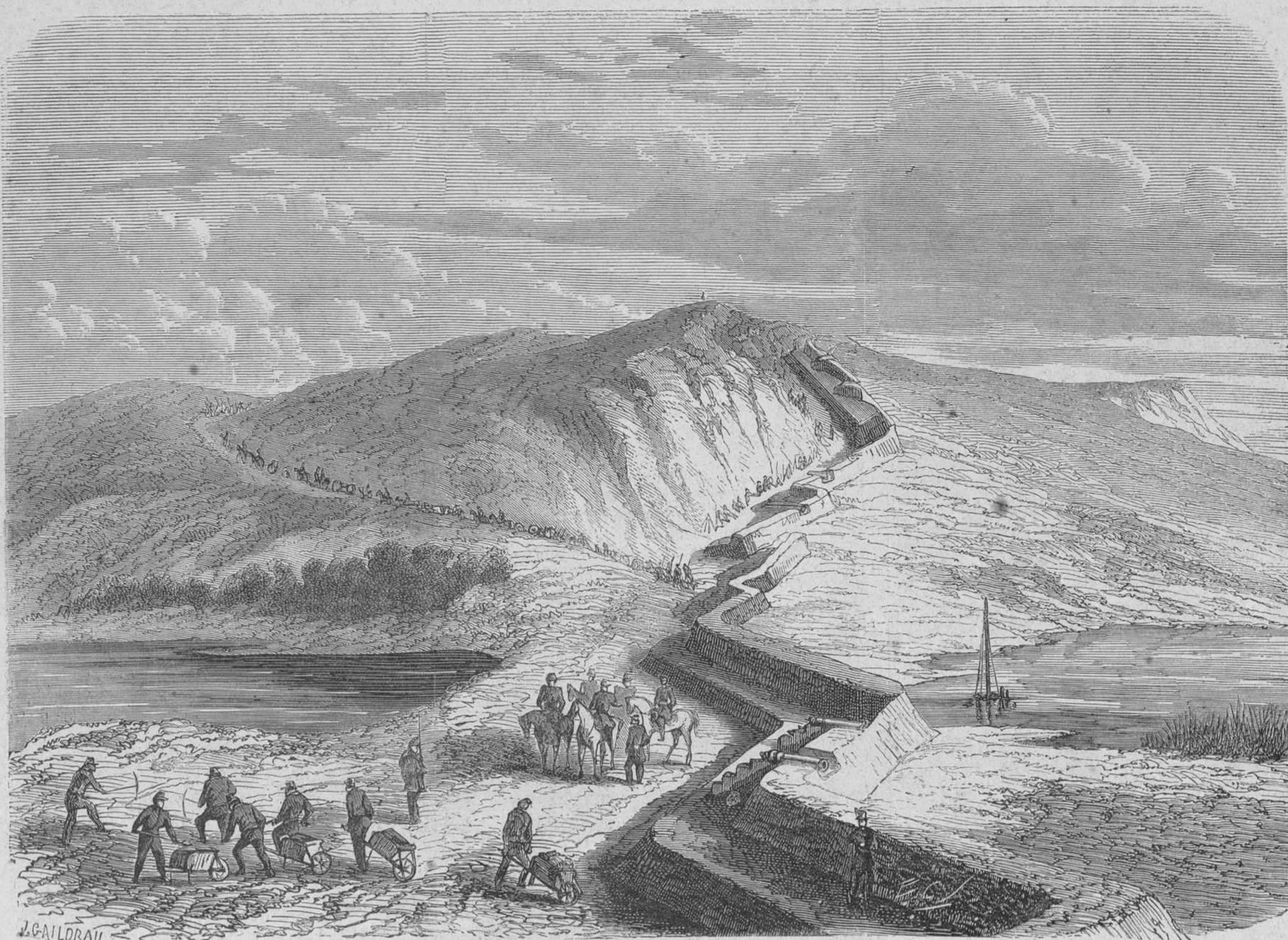


Palacio de Augustenburgo en la isla de Alsén.

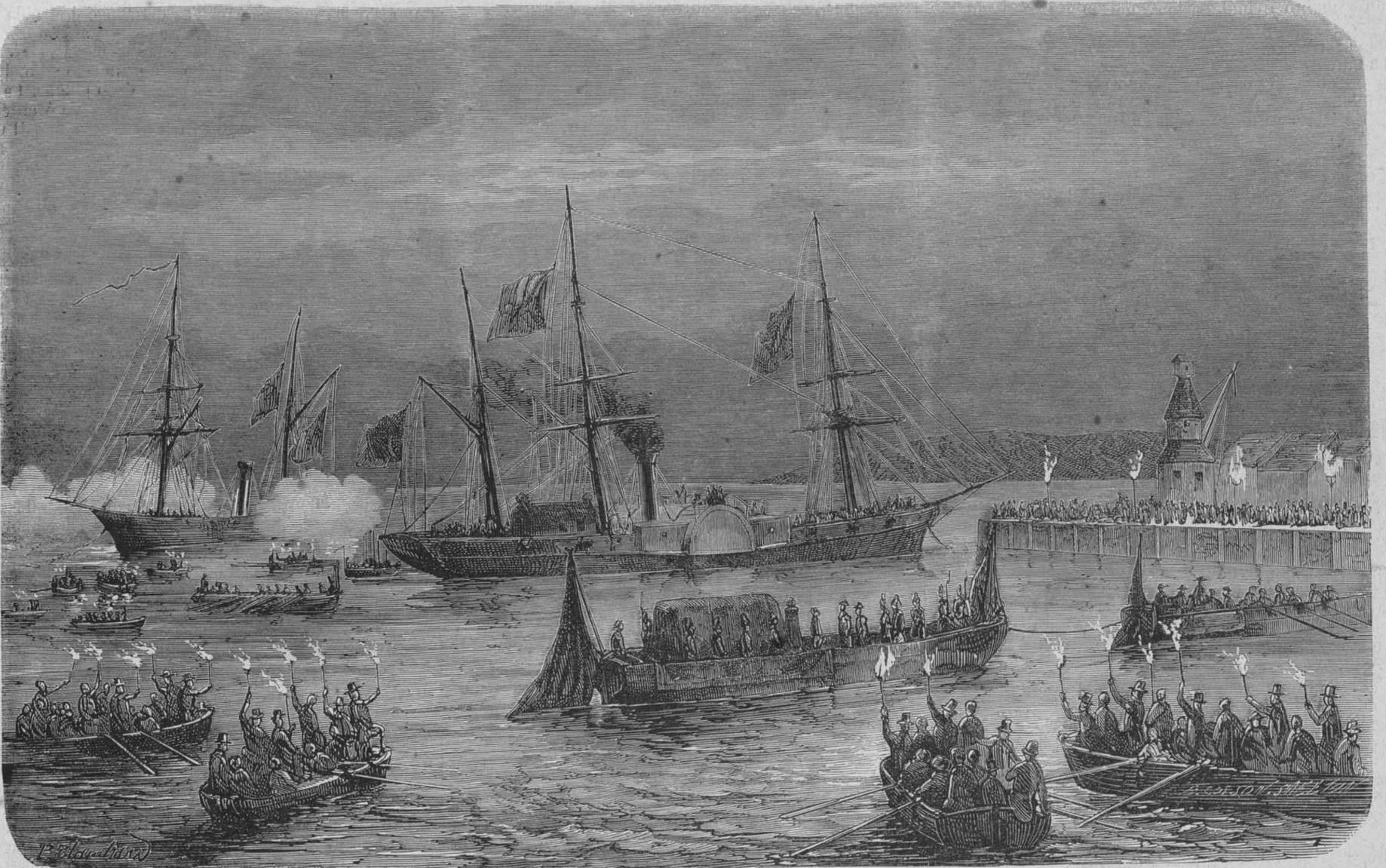
unos días por causas ajenas á su voluntad, se dirigió á ella la semana pasada, y figúrense Vds. cuál no sería su sorpresa al ver que la puerta de la calle estaba en-

tornada : una cruel sospecha le hizo vacilar al traspasarla, recordando que la última vez que vió á su querido amigo le habia dejado algun tanto agravado de su

habitual dolencia. Una mesa que estaba colocada en el zaguan, y sobre la cual habia un papel en el que se leia sencillamente *el enfermo ha fallecido á tal hora*, vinie-



El Danevirke.

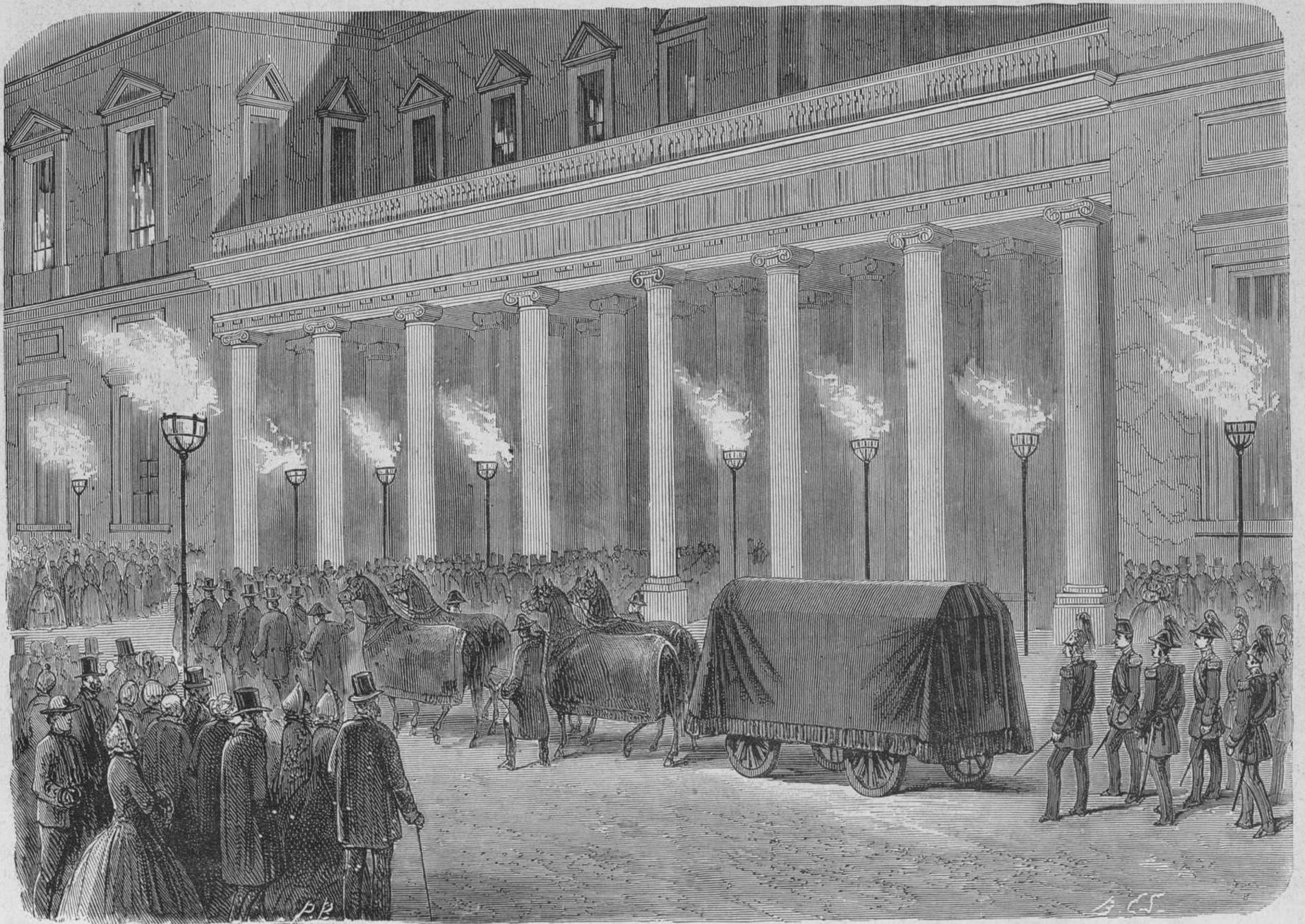


Desembarco de los despojos mortales de Federico VII en Copenhague.

ron á confirmar las terribles sospechas que cruzaban por su imaginacion.  
— ¡Con que ha muerto!... fué lo único que pudo de-

cir dirigiéndose al portero. — ¡Sí, señor; esta mañana temprano! contestó este compungido. — ¡Cómo ha de ser! ¡á todos les llega su San Martín! ¡pobre familia!

Y dirigió sus pasos al piso donde había morado el difunto.  
Salió el criado de la casa á recibirle, y observó no



Llegada del carro fúnebre al palacio de Cristianborg.

sin asombro é indignacion que tenia una verdadera cara de pascua (era víspera de Navidad).

— Este animal, se dijo interiormente, desearia que se muriesen todos los amos habidos y por haber, si cada uno le deja lo que le ha dejado mi amigo, un par de pantalones ó unas botas. Así son todos.

Y pasó adelante con amarga sonrisa.

Aun no habia dado dos pasos por el corredor, cuando se presenta ante su vista uno de los hijos del señor Vega.

— Dichosos los ojos que le ven á Vd., señor E., exclama, ya era hora.

— Dispénsame, chico. He estado...

— ¿Enfermo tal vez? Eso seria lo peor.

— No, sino que...

— Pues cualquiera lo diria, segun la cara que tiene usted.

— ¿Qué quieres que haga? ¿que me ria?

— No exijo que se ria Vd., pero entre la risa y el llanto hay un término medio, y ¡qué diablo! si como se ve, este valle es de lágrimas, mas vale que estas provengan de la primera que de la última.

— ¡Calla, hombre! ¡no digas semejante cosa! porque si hasta hoy te he tenido por ligero de cascos, me vas á hacer creer lastimosamente, que si tu cabeza es de chorlito, tu corazón es de tigre.

— ¡Canario! poco duro que está Vd. hoy en gracia de Dios. Se conoce que ha pisado Vd. alguna mala yerba. Vaya, pase Vd. a ver á papá, tal vez viéndole... Ahí está en el gabinete de siempre.

— ¡Oh! no quiero verle.

— ¿Que no quiere Vd. verle? pues entonces, ¿á qué ha venido usted?

— Tienes razon; no debia haber venido para tocar tanto desengaño.

— Pero señor, ¿está Vd. loco? No quiere Vd. ver á papá, se enfada diciendo que recibe desengaños... vamos, á Vd. le pasa algo.

— Niño, niño, basta ya de bromas.

— No, es preciso que vea Vd. á papá, y si Vd. ha tenido algo con él, en su presencia...

— Déjame, que me haces sufrir horriblemente.

— ¿Que le deje á Vd.? No, por cierto. Papá, papá, aquí está el señor E., que quiere irse sin verte.

Y abriendo la puerta del gabinete, apareció don Ventura de la Vega arrellanado en una butaca, fumando un habano y siguiendo con la vista las caprichosas ondulaciones en que se elevaba el azulado humo del cigarro. El señor E. lanzó un grito de alegría y permaneció algunos momentos pálido, absorto, creyendo que era una ficción de su mente cuanto veia ante sus ojos.

Inútil me parece referir la escena que siguió.

Me limitaré á contar otro lance no menos original.

El señor M. pasaba por frente á la casa del señor Vega, y sabiendo, como todos los que se interesan por las letras españolas, que el célebre escritor se hallaba sufriendo una enfermedad aguda, la que tambien se habia agravado desde la última vez que tuvo la satisfaccion de darle un fuerte apretón de manos, no dudó un momento de que habia pasado á mejor vida.

Leido el consabido papel que confirmó sus ideas, y hecha la exclamacion de « ¡qué lástima de hombre! » preguntó al portero la hora fijada para la conduccion del cadáver. Sabida esta, mas lijo que el sol se presentó á la señalada por el portero, frente de la casa mortuoria.

Metiése sin vacilar en uno de los coches que allí habia destinados al acompañamiento del féretro, y le condujeron á uno de los muchos y malos camposantos de la Coronada Villa.

Al bajar echó una mirada á la concurrencia, que como él venia á rendir el último tributo de amistad, veneracion y respeto, al que habia sido modelo de padres, hombre eminente, escritor insigne, y célebre, en fin, por el lado en que se le mirase.

¡Oh sorpresa! no vió entre la multitud un solo escritor público, y aunque pudiera muy bien conceder que hubiese habido hombres eminentes y buenos padres de familia, pues unos y otros pasan bastante desapercibidos en este baile de máscaras llamado mundo, para que el señor M. tenga la pretension de conocerlos á todos; le llamó extraordinariamente la atencion el que no hubiera ido á dar el último adiós algun deudo y alguno de tantos y tantos amigos que en vida habia tenido el señor Vega.

Asaltóle una duda, y dirigiéndose, quizá maquinalmente, al astur que le habia conducido en el vehiculo, le dijo:

— ¿Con que el pobre señor don Ventura ha concluido al fin?

— No lu sé, señoritu, yo no entiendo de esu.

Con lo cual se quedó en mayor incertidumbre que antes.

Fuése hácia uno de aquellos señores, á quien creyó conocerle de vista, y saludándole lleno de amabilidad, entablaron el siguiente diálogo:

— ¡Ya ve Vd. qué desgracia! Un hombre jóven todavía y de quien tanto se podia esperar.

— Así es la verdad, pero así es el mundo.

— Crea Vd. que yo no lo he sabido hasta esta mañana.

— Ha sido una cosa repentina.

— Sin embargo, hacia ya mucho tiempo que andaba malo.

— Un simple resfriado que nada valia.

— Vamos, no nos hagamos ilusiones, que algo mas que resfriado era, y en prueba de ello hacia tiempo que no salia de casa.

— ¿Cómo que no, si hace cuatro ó cinco días me le encontré en el Prado?

— Seria en coche, y cerrado.

— No, señor, á pié.

— No puede ser. Desde que en Bayona estuvo tan grave, no volvió á recobrar las fuerzas para poder andar como Vd. supone.

— Dispénsame que le diga que no es suposicion, y aseguro á Vd. que hablé con él. Además, Vd. debe estar en un error respecto á la fecha, pues no creo que el difunto haya estado en Bayona este año.

— ¿Cómo que no?

— ¡Usted sueña, amigo mió! Ni don N. ha ido á baños, ni tuvo necesidad de tomarlos.

— ¡Qué don N. ni qué niño muerto!

— ¿Pues no hablaba Vd. del difunto?

— Usted perdóne. Tengo la cabeza tan trastornada con esta desgracia, que ni sé lo que hablo.

Y M. se volvió al coche sin querer confesar que se habia equivocado, y mucho menos que si tenia que ser irremisiblemente uno el muerto, fuese cualquiera, siempre que no fuese su amigo.

Mientras duró el viaje se dijo para su capote:

— Doy por bien empleado el solo de violon que acabo de tocar, pues me ha evitado otro mas largo y pesado á que he estado expuesto, cuando al decirme alguno de mis amigos que habia salido falsa la noticia del fallecimiento de Vega, hubiera exclamado yo con la gravedad y el aplomo del hombre que está convencido de lo que dice:

« — Le han engañado á Vd., desgraciadamente tan muerto está como mi abuela. Lo sé positivamente. ¡Como que he estado en su entierro! »

¡Lo esencial es que no haya perdido España una de sus glorias!

Y sin mas por hoy, se despide de vosotros hasta el año que viene vuestro cronista

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de diciembre de 1863.

### La isla de Alsen,

RESIDENCIA DE LOS DUQUES DE AUGUSTENBURGO.

EL DANEVIRKE.

Desde que ha vuelto á salir á luz la cuestion del Schleswig-Holstein, cuestion tan interminable como la de Oriente, los periódicos no hablan mas que del duque de Augustenburgo, de sus pretensiones, de sus proclamas y de sus paseos triunfales por el ducado de Holstein.

El linaje de Augustenburgo fué fundado por el duque Ernesto Gunther, nacido en 1609 y muerto en 1689. Es una rama de la casa Holstein-Sonderburgo, cuyo primer representante fué en 1564 el duque Juan, hermano del rey de Dinamarca, Federico II. Los hijos de este duque Juan fundaron otras cuatro casas que fueron las de Sonderburgo, Norburgo, Glucksburgo y Ploen. Las tres últimas se extinguieron, y solo quedó la de Augustenburgo subdividida en seis grupos. La rama de Augustenburgo es la única que existe en el día. Los patrimonios hereditarios de esta familia se encuentran en la pintoresca isla de Alsen, sobre las costas de Schleswig, la cual á causa de su posicion favorable ha sido en diferentes épocas una manzana de discordia para los Estados del mar Báltico que se hacian la guerra. Frecuentemente ha sido ocupada, tomada y vuelta á tomar por los suecos, los daneses y los alemanes.

Todas las islas situadas entre la isla de Fionia y la costa del Schleswig, *Langeland, Thorseng, Lyoe, Aernakoe, Aroe* y *Alsen*, han sido comparadas por el poeta dinamarqués Oehlenschläger, á un ramillete de rosas arrojado en medio de las olas. La isla de Alsen justifica perfectamente la comparacion, por su situacion, su fertilidad y su clima.

Alsen se encuentra en el pequeño Belt, á algunos centenares de metros del Schleswig, del que le separa un canal estrecho entre los golfos de Apenrade al Norte, y de Flensburgo al Sur. Tiene cinco millas de largo sobre dos de ancho. El mar, que en ese sitio puede recibir navios de guerra, no siempre la separó del continente, y hubo un tiempo sin duda en que la isla formaba parte de la tierra firme. La distancia entre Alsen y el distrito de Sundewit (en la costa oriental del Schleswig), del que depende en materia administrativa, es insignificante, y si no se puede salvar á pié seco, lo que es en tiempo de guerra es facil enviarse balas de fusil y de cañon al través de esa distancia.

La isla de Alsen se divide en tres distritos, á saber: Norburgo, al Norte (su nombre quiere decir castillo del Norte); Sonderburgo al Mediodía (castillo del Sur), y al centro Augustenburgo.

Los tres puntos tienen castillos; pero los de Norburgo y de Sonderburgo no son mas que ruinas.

La pequeña poblacion de Sonderburgo fué destruida en el siglo XVII por un incendio, de modo que apenas queda ya nada de sus pintorescas casas de madera, notables por sus esculturas. Exceptuaremos sin embargo, la antigua iglesia en cuya pared está grabado el árbol genealógico de la casa de Oldenburgo, y no lejos de aqui se ve la capilla sepulcral de los duques de Augustenburgo. En el viejo castillo de Sonderburgo, que hoy sirve de almacén, estuvo encerrado durante diez y siete años, de 1532 á 1549, el rey Cristian II, que como Luis XI habia querido quebrantar el poderio de la aristocracia, y habia sucumbido en la lucha. Encerrado en

una de las cuatro torrecillas del *Burg*, destruida despues, pasaba su tiempo sin otra compañía que la de un enano favorito delante de una mesa de piedra, en la cual á fuerza de apoyar su mano en el mismo sitio, habia acabado por dejar la marca de su dedo pulgar. La pata de esta mesa existe todavia en Copenhague ó en el arsenal de Rendsburgo. Preciso es que Cristian II estuviese dotado de una constitucion de hierro y de un alma de mucho temple, para resistir al enojo de semejante cautiverio. Durante la última guerra del Schleswig-Holstein, se fortificaron Sonderburgo y Norburgo, y si se renuevan las hostilidades, no serán de desdenar estos puntos.

Augustenburgo es el sitio mas agradable de la isla. La aldea se ha construido en torno de la residencia señorial de los duques, como para abrigarse bajo su égida. La habitan personas que dependen de esta pequeña corte, empleados del palacio y artesanos de diferentes profesiones. Situada en un fjord bastante profundo del mar Báltico, consiste en una sola calle de un kilómetro de larga. Si no se llega directamente por mar del Schleswig á Augustenburgo, si se principia por visitar la parte meridional de la isla, esto es, el distrito de Sonderburgo, se entra en el pueblecillo de que hablamos por una calzada que tiene á sus lados bonitas praderas y bosques de hayas.

El palacio de Augustenburgo fué edificado á fines del siglo XVII por el duque Ernesto Gunther, que habia adquirido del rey de Dinamarca Federico III las aldeas de Stebbelov y de Staversbøl; mandó arrasarse esta última, y en su puesto levantó las construcciones que se ven en el día. El parque, los jardines y los bosques que forman las dependencias del palacio, se extienden á lo largo de la bahia, en cuyas aguas se reflejan magníficos árboles, y entre otros, hayas que son una curiosidad de aquel punto. Hay árboles de estos que tienen de 40 á 45 metros, y su grueso está en proporcion de su altura. Unicamente, como la vegetacion es tardia yendo hácia el Norte, las hayas no echan sus primeras hojas hasta abril ó mayo; en 1750 una de ellas principió á reverdecer el 5 de abril, y considerando muy extraordinaria esta precocidad, grabaron la fecha en la corteza, y desde entonces tienen la costumbre de grabar cada año en el árbol mismo la época en que retoña. De este modo han venido á formar un calendario de la primavera, que ofrece útiles noticias para la comparacion de las diferencias de temperatura en cierto número de años.

El clima de la isla es muy benigno; rara vez llega el termómetro mas abajo de seis ú ocho grados, y así es que se ven allí plantas que en la Alemania del Norte solo se pueden tener en invernáculos. Durante largo tiempo ha habido en el parque de Augustenburgo una *magnolia tripetala*, que crecia hacia cincuenta años á descubierto, sin estar protegida siquiera por un abrigo. En las orillas del mar hay castaños y nogales mezclados con las encinas y las hayas. Además de los higos que son exquisitos, y como se encuentran pocos en el Norte de la Alemania, se cultiva en Augustenburgo una especie de manzana célebre en la Scandinavia, y que forma un importante artículo de comercio. Es la *manzana de Gravenstein*, nombre procedente de un dominio que poseen los duques de Augustenburgo en la carta del Schleswig (véase el mapa publicado en nuestro número 574).

Uno de los antepasados del duque sacó esta especie de Italia, que aclimataron primeramente en Gravenstein, de donde mas tarde fué trasportada á Alsen, y de aqui se esparció por las islas del archipiélago danés. En Rusia aprecian mucho esta manzana; hace algunos años un jardinero de Alsen estaba encargado de abastecer la mesa del czar, quien le habia acordado por ello varias distinciones.

Los dominios de los duques de Augustenburgo ocupan mas de la mitad de la isla. Cuando se da alguna fiesta en ellos, la mar ofrece por todas partes un aspecto animado; los convidados llegan de las costas del Schleswig, de las islas del archipiélago, de la Suecia, de la Noruega y de las comarcas alemanas. En las grandes ocasiones hay carreras de sortija que constituyen uno de los ejercicios favoritos de aquellas poblaciones; mas de cuatrocientos jóvenes, bien equipados y armados de lanzas, toman parte en ellas. En ninguna parte en Europa este juego que nació en la edad media se ha conservado con tanto favor como en las islas danesas, y particularmente en Alsen.

La poblacion de la isla es de unas 23,000 almas, de las cuales 5,400 están diseminadas en los tres pueblecillos del pais y el resto en el campo, lo que da 3,000 habitantes por milla cuadrada. Este pueblo paciente y laborioso, suministra buenos marinos á la escuadra. El idioma usual es el danés; pero hablan el alemán la corte de Augustenburgo, los habitantes de la aldea de este nombre, los empleados de la casa ducal, y las personas principales de la isla. El pueblo no comprende esta lengua, y así sucede que los de Augustenburgo tienen que emplear el danés, cuando han de tratar negocios con la clase baja. Sin embargo, la lengua alemana se ha puesto á la moda entre todos aquellos que aspiran á ser algo en la corte; allí donde hay una corte, muy luego nacen cortesanos.

Por lo demás, existen singulares pretensiones, grandes vanidades en esas pequeñas islas del archipiélago danés, de las cuales algunas no tienen mas de dos millas cuadradas de superficie, otras media milla, y otras una cuarta ó una octava parte de milla; pero allí existe el orgullo nacional, dice M. Kohl (*Reisen in Danemark*), en razon directa de la superficie del territorio. De este modo, la isleta de Thorseng, de una milla de larga, se cree tan grande como un continente, ó al menos como

la Australia ó Madagascar. De lo alto de su grandeza mira á la isla de Aeroc, que hace otro tanto con Dreioe, Strynoe, etc. Se tratan desdeñosamente de isleños. Pero entre todas esas islas, las mas desdichadas son seguramente Birkholm y Horjtoe, pues no son bastante grandes para hallar en su proximidad islas mas pequeñas que ellas, y su vanidad pasa por una prueba terrible.

Tenemos que pasar ahora el mar si queremos ir al *Danevirke*. Dicese que la primera muralla de este nombre fué construida para oponer un dique á los progresos de Carlomagno; esta se extendia de la orilla Norte del Eider interior hasta el Slee, y se cree que aun existen algunos restos en las ruinas llamadas *Kograbn*. Esta construccion sirvió de modelo á la que fué erigida mas tarde de 936 á 950, despues de la expedicion del emperador aleman Enrique I. Su proyecto se debió á la reina Thyre, esposa de Gorm el Viejo; los habitantes de Seeland y de Fionia trabajaron en elevar la muralla, y los del Jutland alimentaron á los trabajadores. Esta obra construida de piedra, de tierra y de madera, con torres, con foso, y una sola puerta, se apoyaba por un lado en la fortaleza de Oldenburgo, se extendia hasta el lago, hoy seco, de Bustorf, y concluia en Hollingsted. Restaurada muchas veces, entre otras por Waldemar el Grande y la reina Matilde, sufrió despues muchas degradaciones á influjo del tiempo y de los hombres. El arado del aldeano danés pasaba sobre sus ruinas en muchos puntos; pero despues se ha restaurado sólidamente. La última guerra del Schleswig-Holstein habia demostrado el partido que se podia sacar de esta linea de defensa. Aunque la muralla tuviese en ciertos sitios de diez á veinte y tres metros de altura, el gobierno danés juzgó que aun no era suficiente, y llamó á los ingenieros y á la artillería, para fortificar esta muralla desde el mar Báltico hasta el mar del Norte, sin interrupcion. Además, un sistema de inundaciones artificiales puede en caso de guerra cubrir de agua los terrenos en torno del *Danevirke* sobre los 9/10<sup>os</sup> de su extension, de modo que el enemigo para penetrar por tierra en el Schleswig, deberá forzar el paso de la porcion de muralla que no está bajo el agua, pero que en cambio ha sido fortificada del modo mas temible. G. D.

### Exequias del rey Federico VII.

Los despojos mortales del rey Federico VII llegaron á Copenhague el miércoles 2 de diciembre á bordo del vapor el *Schleswig*, transformado en capilla ardiente. Durante el trayecto en los Belts, las campanas de todas las aldeas tocaban á muerto, y las poblaciones que acudian á la orilla saludaban la bandera real cubierta de insignias de luto. Dos batallones que marchaban á los ducados encontraron el convoy, y aclamaron con una indecible emocion á su antiguo soberano.

El féretro fué recibido en el puerto al ruido de las salvas de artillería, por el rey, rodeado de los príncipes de la casa real, por los miembros del gabinete, los dignatarios y los servidores de la corte, los altos funcionarios del Estado y los representantes de la villa. Tres batallones de la guardia de infantería hacían el servicio de honor. Despues de un corto discurso del capellan de S. M., el féretro fué colocado en una chalupa dispuesta para este fin, y el cortejo se dirigió por el puerto militar y el gran canal interior hacia el palacio de Cristianborg, donde le esperaba un destacamento de la guardia. En toda la carrera los muelles estaban iluminados, los buques empavesados hasta la mitad de su arboladura, y una muchedumbre inmensa, casi toda ella vestida de luto, se inclinaba en un piadoso recogimiento: era un espectáculo de una grandeza conmovedora.

Los despojos del rey fueron depositados sobre un catafalco en la sala llamada *de Thorwaldsen*, hasta el dia de los funerales, que tuvieron lugar el 20 de diciembre. P. P.

### Revista de Paris.

La temporada actual promete ser brillante, á juzgar por el lujo que se ostenta en las primeras reuniones de la corte y del mundo aristocrático. En Tullerías, despues del gran baile oficial que tuvo lugar hace dos semanas, han comenzado las fiestas íntimas de la emperatriz los lunes por la noche, fiestas á las que asiste una aristocracia cosmopolita, aristocracia de nombre, de fortuna, de talento y de hermosura. Ya se habla de bailes de máscaras, y sobre todo se organizan con mas furor que nunca en los salones las representaciones teatrales. No cabe duda, la idea se populariza, y estando como parece en su apogeo, no tardará en llegar la hora de su decadencia. No hay reunion por ínfima que sea que no nos ofrezca á guisa de introduccion alguna comedia. No en todas partes sin embargo desempeñan estas funciones los aficionados; sino que reclutan alumnos del Conservatorio y de las escuelas de declamacion, y de esta manera logran dar un verdadero atractivo al espectáculo. Hé ahí la diversion favorita de este invierno.

La semana que acaba de trascurrir ha sido altamente favorable para los patinadores. El frio ha disminuido, pero no lo bastante para que se deshielen los lagos del bosque de Boulogne, invadidos en estos dias por muchos miles de personas. Desde el medio dia puede decirse que cuantos carruajes hay en Paris toman el camino del bosque. La corte da el ejemplo patinando á mas y mejor durante tres horas, y los parisienses sin distin-

cion se pasean por la tersa superficie de los lagos con la misma desenvoltura que en los Campos Elíseos; muchos salen escarmentados de la excursion, pero es moda dar una vuelta por el hielo, y ninguna persona de gran tono se atreveria á decir que no ha patinado.

Las crónicas del dia no hablan mas que del rigor de la temperatura. M. A. Villemot, uno de los cronistas de mas agudo ingenio que hay en Paris, hace una pintura verdaderamente original de la época que estamos atravesando. La cristalización de los arroyos y de todos los utensilios caseros que contienen agua, le parece un estado contrario á la naturaleza. No hay duda, dice, que los esquimales viven en el hielo; pero ¿qué compositores, qué artistas, qué poetas han producido los esquimales? M. Villemot cree firmemente, que un pueblo helado es un pueblo inferior.

Pasando despues á tratar de las vestiduras de pieles, que cuentan hoy con tantos entusiastas, refiere una anecdotilla que no tiene nada de inverosímil.

«Habiendo tenido que hacer una visita de primeros de año bajo pena de pasar por un esquimal, dice M. Villemot, me encontré en los boulevares con un animal difícil de clasificar: llevaba una gorra de pelo de camello, un capotón de piel de tigre y unos guantes de maestro de armas.

Este ser maléfico me detuvo para preguntarme:

— ¿Cómo está usted?

A lo cual le respondí bruscamente que estaba resfriado, y que tuviera la bondad de dejarme paso.

Pero no lo entendia él así; se agarró á un boton de mi paletó y me preguntó si la *Abuela* continuaba dando buenas entradas en el Ambigu, y si pensaba yo que la Inglaterra sostendría á la Dinamarca.

Entonces le manifesté, que si estaba empeñado en proseguir la conversacion, seria prudente entrar en un café.

Con efecto, entramos, y me convidó á tomar una taza de té.

Cuando estuvimos en una sala abrigada y nos despojamos de nuestras bufandas y de nuestras pieles respectivas, echamos de ver... que no nos conocíamos.»

Con efecto, el traje de calle actual es un disfraz muy ocasionado á lances de esta clase.

Tenemos que relatar ahora toda una historia, una historia verdadera en todos sus puntos, aunque parezca un cuento de hadas.

Hace años ya, existian en una ciudad de Francia un jóven y una señorita que se amaban entrañablemente. Ambos eran ricos, se casaron, y nacieron dos hijos de esta union; pero desgraciadamente el amor no es eterno, y el esposo cediendo á una pasion culpable, tuvo otro hijo algun tiempo despues.

Los hijos legítimos idolatrados por su familia recibieron una educacion brillante y en armonía con la posicion de sus padres; pero en cambio, aquel que tuvo la desgracia de nacer fuera de la union legal, no conoció padre ni madre, y se crió en un hospicio.

Sin embargo, la fortuna debia trastornar muy luego estos destinos. Una vez terminados los estudios de los primeros, entraron en la Escuela naval, y vinieron á ser oficiales de marina. El uno de ellos tomó parte en la expedicion de Crimea y murió delante de Sebastopol; y el otro enviado á la China, halló tambien la muerte algunos años despues en las costas del celeste imperio.

Casi en la misma época su madre exhalaba el postrer suspiro, dejando á su esposo privado de todo consuelo y despojado de la familia feliz que hacia tan poco le rodeaba.

Entonces el viudo se acordó de su otro hijo. Buscó primeramente á la madre, tuvo la suerte de encontrarla, y en su deseo de reparar la falta cometida se casó con ella; pero su felicidad no podia ser completa en la ausencia de su hijo.

Las noticias recogidas en la Inclusa dieron á conocer que cuando el jóven cumplió la edad requerida, salió de la casa, sin que se hubiese sabido posteriormente cuál fuese su paradero. Sin embargo, al cabo de largas investigaciones consiguieron descubrir que se habia dirigido hácia el departamento del Gironda.

Escribieron á la policia de Burdeos para suplicarla tratase de encontrar al deseado hijo. Las pesquisas no han sido largas; pronto se supo que el jóven vivia en aquella ciudad, donde ejercia el oficio de albañil; y mas aun, que careciendo de trabajo en estos últimos dias, se veia reducido á romper el hielo en las calles para ganar su pan.

El comisario central fué á ver á este hombre cuando se hallaba entregado á tan penosa tarea, y le anunció que podia contar con una familia, y que esta le reclamaba.

— Estoy dispuesto á reunirme con ella, respondió el pobre trabajador; pero hay una dificultad.

— ¿Cuál es?

— Que no tengo dinero para hacer el viaje.

Ínútil será añadir que no lo esperó mucho tiempo, y que en el dia ha pasado como por encanto de la miseria á la opulencia.

Una contienda judicial entre un escritor célebre, M. Alejandro Dumas, hijo, y un editor, M. Cadot, ha llamado estos dias la atencion de los que se interesan en las cosas literarias.

M. Dumas ha escrito una novela con el título de *los Amores verdaderos*, que ha vendido á M. Cadot, segun este declara, añadiendo que ha recibido del autor en 1850 los dos primeros volúmenes de esta obra, por los cuales ha satisfecho 4,500 francos; que los dos tomos restantes le fueron entregados posteriormente, y que M. Dumas, antes de la impresion de la obra, quiso releer su manuscrito completo, el cual le fué entregado con toda confianza.

Ahora bien, trascurrieron años, y M. Cadot, viendo que no le devolvian sus cuatro volúmenes revisados y corregidos, escribió una carta picante, á la cual contestó el afamado escritor con las siguientes líneas:

«Mi querido Cadot: Sois la estatua del comendador, y os apareceis en medio de todos mis festines como un remordimiento vivo. Sed paciente, vos que sois eterno en vuestra calidad de editor, y creed que no olvido nada, como os lo probaré dentro de dos meses. — A. DUMAS.»

Siguieron pasando años y no vino la prueba.

M. Dumas, atacado de una enfermedad grave, dejó Paris, recorrió la Italia, fué á restablecerse á casa de un ilustre escritor, y por fin volvió á su domicilio. Entonces M. Cadot le pidió con instancia la novela, M. Dumas le respondió con evasivas, y de aquí la apelacion á los jueces.

M. Dumas contesta:

El editor invoca un contrato de venta y le corresponde probar que le tiene. ¿Se ha hecho, en efecto, una escritura, segun la regla establecida? No. M. Cadot presenta cartas sin fecha que no prueban sino una cosa, las proposiciones que le hizo M. Dumas para la compra del libro en cuestion; pero es de advertir que él no quiso admitirlas, y que el libro le fué ofrecido en pago de adelantos hechos por M. Cadot, los cuales han sido reembolsados con posterioridad por M. Dumas.

En esta situacion M. Cadot ofrece el juramento decisivo á M. Dumas. Esto es, que jure M. Dumas que no ha vendido *los Amores verdaderos* á M. Cadot, y gana el pleito.

El abogado de M. Dumas replica que este juramento atañe á hechos complejos, y no puede ser aceptado en los términos en que se ofrece; que en la correspondencia invocada por M. Cadot, M. Dumas trata repetidas veces del ofrecimiento de vender la novela no á 500 francos el tomo, sino á 750, precio que el editor rechaza como excesivo; todo esto, añade, ¿no protesta contra la existencia de un trato cerrado? El tribunal ordenó el juramento para el 6 de enero; pero en la audiencia de este dia se concedió un plazo de tres meses á M. Dumas, fundado en haber apelado este del fallo que ordena el juramento. Veremos pues si al cabo de estos tres meses podremos contar con *los Amores verdaderos*.

El lunes de la última semana ha tenido lugar en el teatro de la Opera Cómica la primera representacion de la nueva produccion de M. Auber, titulada la *Fiancée du roi de Garbe*, y el éxito ha correspondido á las esperanzas que fundaba la empresa en esta obra. M. Auber, á la edad de ochenta y dos años, ha venido á probar que posee una imaginacion tan fecunda, un estilo tan fácil, como en los tiempos remotos ya en que componia esas obras imperecederas que se titulan el *Dominó negro*, *Fra Diavolo* y tantas otras. Su colaborador ha sido otro hombre célebre, no menos conocido que M. Auber en todo el universo: M. E. Scribe, que ha muerto sin ver el triunfo del que le correspondia una buena parte.

El argumento, llámese cuento, leyenda, episodio de las *Mil y una noches*, ó como quiera llamarse, constituye una de las intrigas mas divertidas que es posible inventar. La escena pasa en el reino de Garbe, cuyo monarca desea contraer matrimonio; pero á la edad á que ha llegado, comprende que es necesario ir con pulso, y antes de marchar al himeneo, consulta á un hechicero, amigo suyo, para saber si obra con cordura.

El hechicero le responde:

— Hijo mio, trece veces me he casado yo, y otras tantas he reconocido la eficacia del collar compuesto de trece perlas que te envío, y cuyas virtudes consisten en revelar las disposiciones secretas del corazon de la mujer. Cada vez que estas disposiciones son fatales al marido, el collar pierde una perla. Este diagnóstico es infalible. Por medio de esta alhaja, al menos sabe uno á qué atenerse.

— En ese caso, se dice el rey, y ya que podré estar siempre al corriente de la conducta de mi esposa, voy á casarme. Mi sobrino, un jóven príncipe, será mi embajador, y él acompañará los regalos que ofreceré al sultan cuando solicite la mano de su hija.

Efectivamente, el rey envia al príncipe Alvar en busca de la princesa Alaciél; pero hé aquí que el sobrino del monarca ama á una desconocida, y esta desconocida es justamente la prometida esposa de su tío.

Para que la novia llegue á su destino, hay que hacer un viaje largo y penoso, un viaje lleno de azares, en que se ha de tropezar con las olas del mar, con los puñales de los bandidos, las seducciones de los pages y otros escollos no menos terribles: ¿quién no reconoce desde luego una intriga de Scribe?

Una jóven, la barbera del rey de Garbe, Figarina, se ofrece en sacrificio, y con efecto ocupa el lugar de la princesa durante el viaje, y llama sobre sí los peligros. Bajo este concepto, se adorna con el famoso collar, y por una serie de sustituciones muy bien preparadas y de situaciones imprevistas, ella es la causa de la desaparicion sucesiva de todas las perlas.

Por fin llega la novia al reino de Garbe.

El rey, que interroga al punto el talisman, se encuentra en una situacion perpleja; no tiene el menor deseo de casarse con semejante novia, y por otra parte, no se atreve á devolverla á la familia, porque esto le expondria á una guerra.

En tan apurada situacion, viene á saber que su sobrino y la princesa se aman locamente. ¡Oh, fortuna! Nuestro soberano puede ser generoso á poca costa, y permite el casamiento de los dos amantes; pero este chasco le hace reflexionar profundamente sobre el peligro que envuelve el casarse con mujeres desconocidas, y para evitarle, declara que quiere contraer matrimonio á su gusto, como lo efectua con la encantadora Figarina.

La música de la *Fiancée du roi de Garbe* tendrá seguramente el mismo éxito que la de las partituras mas célebres de Auber, que traducidas al italiano, se han representado con frecuencia en las primeras escenas líricas del universo. Leon Achard canta dos melodías embelesadoras. La Cico, que desempeña con una gracia sin igual el lindísimo papel de Figarina, alcanza un triunfo completo. Ni aun de paso podemos señalar las piezas que se aplauden en esta ópera; sin embargo, resumiendo la impresion de la primera noche, diremos que sobresalen desde luego un aria de bajo cantada por Bataille con mucho brio; el coro de los pages; una cancion cómica de Sainte-Foy, que excita una risa loca; un duo entre dos mujeres que será popular, y varias piezas concertantes que acusan toda la ciencia del maestro.

Los trajes son magníficos y las decoraciones de un lujo extraordinario, tanto que pueden rivalizar con las del *Moisés*, que verán nuestros lectores en este número, si bien figuran aquellas en un cuadro mas reducido.



Acto primero. — Moisés enseñando las tablas al pueblo.

Los príncipes de los sacerdotes tuvieron sed de su sangre inocente, y sublevando al pueblo le obligaron a que pidiese el suplicio de la cruz. Pilatos dudaba, y entonces el pueblo con salvajes alaridos pedía a voz en grito su muerte, que fué decretada por el presidente y condenado a morir. Con su muerte triunfó la cruz y el mundo entero; bajo su sombra tutelar vió desarrollarse su prosperidad, proclamarse su libertad y conseguir su reposo.

A pesar de los adornos que la piedad ha prodigado al monte Calvario, nada hay más triste que aquel lugar, testigo del deicidio, considerado sobre todo al ponerse el sol: el luto que habitualmente le rodea se aumenta con la vista del color amarillento y cadavérico de aquellas estériles montañas. Ningún pájaro hace allí su nido: no hay alma viviente que quiera pasar allí la noche: ningún árbol ofrece asilo al viento para murmurar entre sus ramas: ningún vegetal se percibe para poder dejar caer una hoja desecada que mueva ruido en medio del lúgubre silencio que rodea a la tumba: allí el filósofo cristiano sentado sobre una roca que todavía no ha sido destruida por los árabes ó los turcos, remontando su pensamiento hacia los siglos primitivos, se pone a leer la Biblia con fe viva y con un interés que jamás pudieron excitar las revoluciones experimentadas por los demás pueblos.

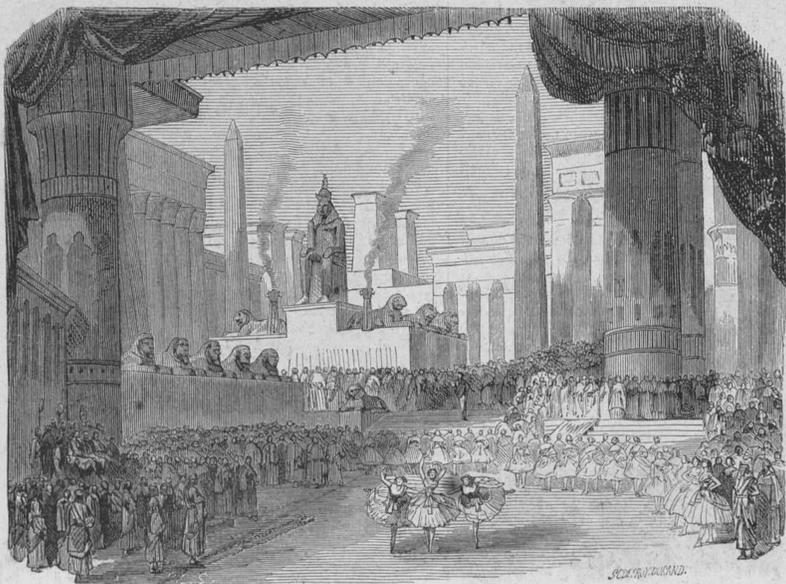
Entonces las lamentaciones de Jeremías recuerdan los males sufridos por Jerusalem cuando el poderoso rey de Babilonia, Nabucodonosor, en medio de una imponente comitiva de príncipes, se sentó sobre sus muros y ahuyentó al rey Sedecías. ¡Qué poesía la de las predicciones siniestras del profeta! ¡Qué grandes imágenes las de su estilo enigmático y figurado! ¡Y cuán grandes

son los pensamientos que penetran en el alma con los recuerdos de diez y ocho siglos! Uno puede visitar con frecuencia estos sitios; pero en ellos nunca habla Dios mejor al corazón que en medio de la soledad, cuando los peregrinos se arrodillan a cierta distancia entre sí, en la inmóvil actitud de las frías figuras que se ven en los mausoleos.

Llega la noche, y cada cual deja el sitio en que su alma ha vivido de recuerdos, y sus ojos derramando lágrimas para bajar a Jerusalem lleno de tan profundas meditaciones, que muchas veces ni echa de ver que los demás peregrinos le han dejado solo. Levántase uno, y a la luz de la luna que asoma tras de esas montañas desoladas, descubre solo de trecho en trecho mármoles humedecidos con el llanto que otros han derramado; entonces experimenta el corazón otra serie de sensaciones enteramente nuevas.

Después de la muerte de Jesús y de su triunfante resurrección del sepulcro, vino el día admirable de su ascensión a los cielos, legando al mundo la paz moral y la unidad de las creencias, en una palabra, dándola a conocer la religión católica.

Doce discípulos ilustrados por el Espíritu Santo salen a cumplir la misión



Acto tercero. — El baile.

Nuestra Señora de Loreto.

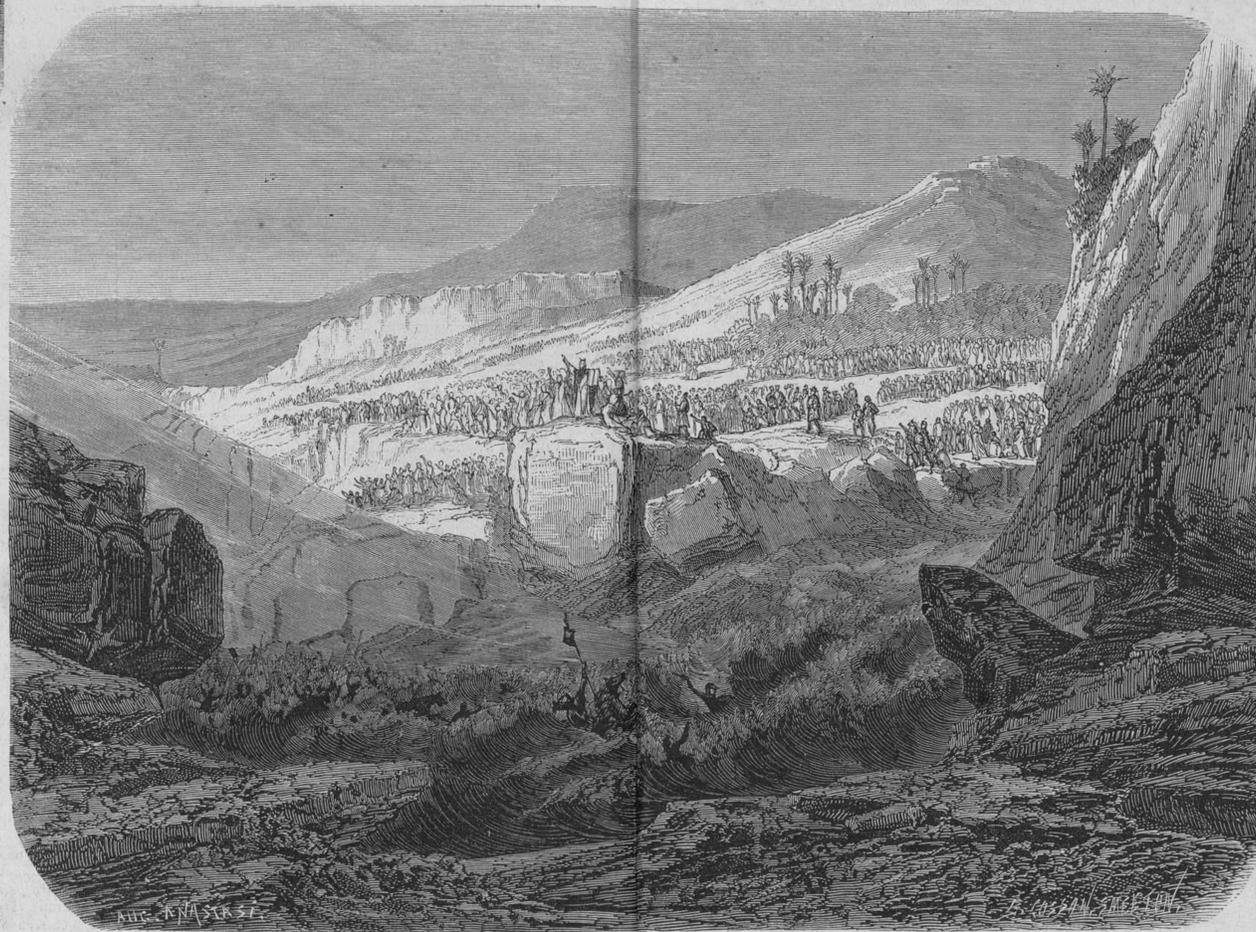
LA SANTA CASA.

(Conclusion.)

XI.

Desde entonces empiezan a resonar con la predicación de Jesús las promesas de la Sagrada Escritura, y haciendo milagros se le agregaron unos pobres pescadores: las almas se arropientan al escuchar las garantías de la fe saludable que sale de sus divinos labios, y en ella ven el origen de la santidad y observan la sinceridad de sus lágrimas, que no exige sacrificios cruentos de víctimas ornadas de guirnaldas, sino flores imperecederas, presentadas por pensamientos revestidos de inocencia en el altar del corazón; esas flores que conservan toda su frescura cuando ya no existimos y que nos acompañan más allá del sepulcro, simbolizan nuestra felicidad, nacen a nuestro paso en el cielo y nos encantan con su eterno aroma, porque nacen del alma y participan de su naturaleza cual bellas y magnánimas ofrendas, como que son otras tantas tentaciones y otras tantas culpas borradas con el arrepentimiento.

Todos los peregrinos buscan en Nazareth los menores vestigios de la santa y pobre familia que moró en ella y del Divino Niño,



ACADEMIA IMPERIAL DE MUSICA. — Moisés, acto quinto: Pasaje del mar Rojo.

Y ahora que hemos pronunciado la palabra Siria presentándose a nuestra imaginación el precioso panorama de aquel antiquísimo país, tan pintoresco como la Grecia, tan montuoso como el Riff y tan arenoso como el desierto mismo de Saara, hemos evocado instintivamente sus bíblicos recuerdos, los pasajes de su historia profana, los hechos célebres de las Cruzadas, y toda la poesía de nuestra imaginación, toda la brillantez de nuestras ideas, trasladándonos a los tiempos más florecientes de aquel país, cuando se veía dominado por los turcos otomanos, toda se ha borrado súbitamente de nuestro espíritu ante los acontecimientos modernos, ante las sangrientas escenas que en nuestros días han desolado las tierras y mansiones maronitas.

En medio de tantos horrores, en medio de tantas persecuciones, en medio de las revueltas razas del Líbano y empapados aun nuestros vestidos en la sangre inocente de nuestros hermanos, recibe nuestro corazón dulce consuelo, solazase nuestra imaginación y torna a nuestro espíritu el perdido vigor, al ver, no tan solo la fe y conformidad con que las víctimas sufren el sacrificio de su vida, sino los arranques generosos que allí tienen lugar, y más que todo la sublime abnegación de un sacerdote español lanzado a los desiertos de la Siria al impulso de una desdicha inmensa.

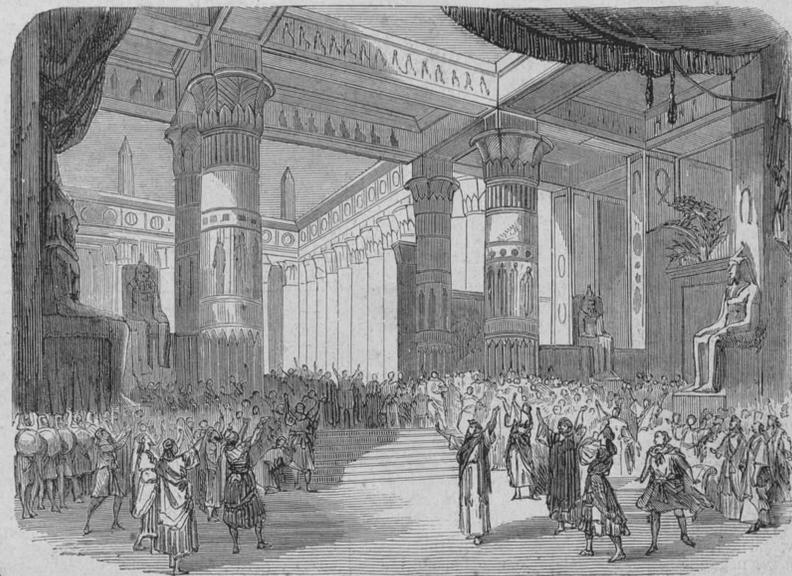
Ningún país más lleno de recuerdos, de tradiciones y de poe-

cuya juventud se pasó en la oscuridad de aquel santo lugar; pero una de sus mejores glorias es la visita que hizo en ella san Luis.

Corrían los años de 1251, dicen los historiadores, cuando este santo varón llegó a Canaa de Galilea, llevando sobre sus carnes un áspero cilicio: dirigióse desde allí al monte Thabor, y el mismo día, que era la víspera de la Anunciación, llegó a Nazareth; no bien divisó esta pequeña población, cuando se apeó y dobló la rodilla para adorar a lo lejos el santo lugar donde se comenzó el misterio de nuestra redención.

Adelantóse hasta aquel punto a pie, á pesar de sentirse sumamente cansado y de haber ayunado aquel día con pan y agua. Al día siguiente hizo celebrar el oficio divino, es decir, los maitines, la misa y las vísperas. Tomó el Viático de manos del legado, y puede decirse que jamás había sido Dios honrado con más devoción en sus lugares predilectos. Dispénsenme esta digresión y volvamos a Nazareth: aun existe allí, y á corta distancia del Poniente de la santa gruta, un antiguo edificio de piedra sillera: es la Sinagoga donde entró Jesucristo cierto sábado para ilustrar á sus compatriotas é instruirles, explicándoles particularmente las profecías de Isaías que hacían referencia á su persona.

En vez de convencerse le echaron de la ciudad, y le llevaron á una alta roca para desde allí precipitarle; pero Jesús, cuya hora no era llegada todavía, pasó en medio de ellos, bajó milagrosamente la montaña, y huyó de aquella ciudad ingrata para no volver más á ella.



Acto segundo. — Moisés disipando las tinieblas.

de su Divino Maestro, promulgando nuevas leyes al mundo, refiriendo los milagros y padecimientos de Cristo, describiendo puro y espiritual el cielo reservado al hombre virtuoso, así como las llamas y tormentos en que habrán de consumirse eternamente los malvados.

XII.

Pero tiempo es ya de que, reanudando el hilo de esta historia, pasemos las vicisitudes de la santa casa de Nazareth despues de la muerte de Jesús, y según la tradición de autores piadosos, consignada en antiguos libros, en ellos veremos que el apóstol san Pedro la consagró erigiéndola en templo, en el cual se colocó también una imagen de la Santísima Virgen, construida por el evangelista san Lucas: que en esta capilla celebraron los apóstoles los oficios divinos, desde cuya época data el culto de sus humildes paredes, elocuentes testigos de un sinnúmero de prodigios.

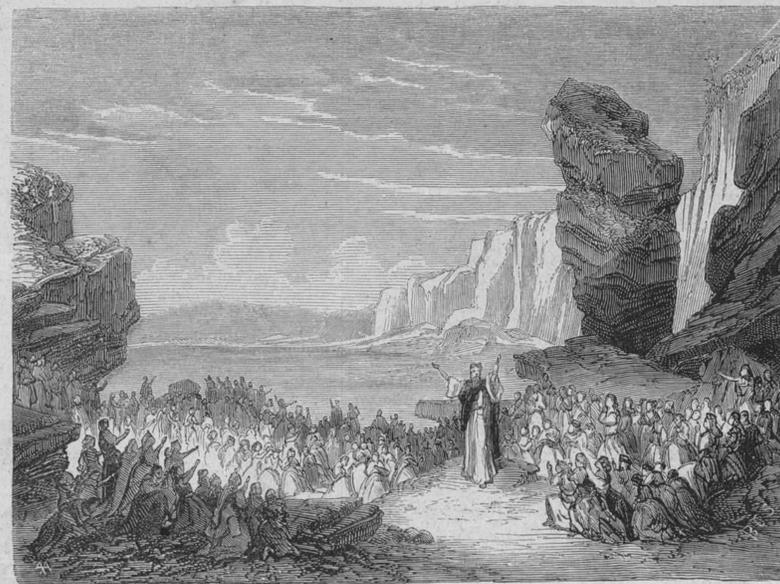
Por los años de 300, esta casa gozaba ya de gran celebridad entre los cristianos; así vemos a la piadosa madre del gran Constantino, la bendita santa Elena, emprender con su comitiva una devota peregrinación á Naza-

reth con el objeto de visitar la santa casa, legando de esta suerte á los siglos venideros el mas elocuente monumento de su devoción, verificando la reedificación de aquel templo, y enriqueciéndole con cuantiosas dádivas.

Más adelante, es decir, por los años de 700, se aumentó la fama de aquel santuario de la religión y de la poesía; diganlo si no y hablen por nosotros las frecuentes caravanas que hacían los fieles desde lejanas tierras, atraídos de devoción, para mezclarse entre pueblos que tenían distinto lenguaje, diferentes costumbres, otros ritos y diversas creencias, despreciando los riesgos de atravesar tribus feroces y salvajes, enemigas de los cristianos. Y esto sin contar que los alrededores de Nazareth siempre han estado llenos de fieras, y sobre todo de lobos y de chacales, de suerte que es raro no tropezar con alguno junto al mismo pueblo.

Aun hoy entran en él á bandadas durante la noche para devorar los animales muertos que dejan los turcos por las calles, según su malísima costumbre, y entonces turban el reposo de los habitantes con gritos espantosos, á los cuales responden los ladridos de una infinidad de perros. Y si esto sucede hoy, ¿cuales no habían de ser las penalidades y privaciones de los santos peregrinos? Jacobo Vitriaco, patriarca de Jerusalem, dice que todos los años visitaba esta misteriosa capilla.

El rey de Francia Don Luis el Santo, de quien no ha mucho hemos hablado, al declarar la guerra á la Siria en 1277, llegó con sus ejércitos hasta los muros de esta casa resonando en su pórtico el estruendo marcial de las armas que allí se aglomeraban para tomar descanso los soldados, mientras el santo monarca oraba delante de las aras de María.



Acto cuarto. — La plegaria.

sías; todos aquellos sitios parecen respirar en las grandezas de Jehová y los espantos de la muerte, y preséntanos como otros tantos fantasmas, que cual Ninive y Babilonia brillaron un día, para después sufrir como ellos todo el peso de la destrucción. Allí vemos a la caridad santa de Babilonia, frío cadáver de su antigua grandeza, no lejos de la puerta llamada de Belen, contemplamos una torre que amenaza desplomarse; es la torre de David, la del rey-poeta, autor de los salmos, la del monarca que en el seno mismo de su gloria y de su poder dictó el Miserere. Mas adelante se ve una calle tortuosa, estrecha, mal empedrada, y allí hay un roto chapitel que nos recuerda el sitio en que la Verónica derramó abundantes lágrimas sobre la cabeza de la casa de Lázaro, la de Pilatos y el antiguo templo convertido en magnífica mezquita. Aquí el monte Olivete: alla el torrente de Cedron, el valle de Josafat, la roca en que se anunció la ruina de Jerusalem y donde un día se reunieron los ejércitos de Tito.

¿Quién no recuerda con entusiasmo los sitios entre los cuales Alejandro el Grande detuvo su glorioso carro triunfal? ¿Quién no admira la tierra en que combatió Godofredo de Bullon, Felipe Augusto de Francia, Ricardo Corazón de Leon y san Luis? Un día fué en que el Occidente pareció arrancarse de raíz para pre-

cipitarse sobre el Oriente; hubiérase creído, como dice muy bien un historiador, que no había en la tierra mas ciudades que Jerusalem ni pueblo mas digno de ser habitado que el que encerraba la tumba de Jesucristo.

Cuando la poesía moderna ha desplegado todas sus galas para luchar con la poesía antigua, ¿cuáles son los sitios, cuáles las acciones que han podido entusiasmar al poeta épico moderno hasta el punto de luchar frente a frente con los poetas épicos antiguos? ¡Ah! Solo la conquista de la Ciudad Santa nos ha dado el poema del Tasso; esperemos pues que la humeante sangre de las víctimas de Siria nos dé a conocer otro poema no menos interesante que aquel, y tenga la gloria de ser descrito por una pluma tan diestra como la del cisne de Bergamo. Dedicuemos una lágrima a las tumbas de tanta víctima, y acatando los decretos del Altísimo, esperemos se les haya concedido un lugar en el cielo, así como entre los hombres la historia de nuestra sublime religion les tiene reservada una de sus mejores páginas.

Pero volvamos a Nazareth y presenciemos el milagro de la traslación de la casa santa de Loreto, santuario el mas célebre y digno de veneración de cuantos hay dedicados a la Señora en todo el orbe católico.

## XIII.

Corrian los años de 1291: la villa de Nazareth se vestía de luto; cubriábase las estrellas de amarillas sombras, negando su luz a aquel suelo infortunado, la lóbreguez cundía y se aumentaba por los espesos bosques, el eco ronco de las siniestras aves retumbaba por las selvas con dolorida y angustiosa voz; todo, en fin, parecía presagiar una fatal desgracia. Y así era, en efecto; los infieles habían conquistado ya aquellas provincias, y todo presentaba un color sombrío y triste: la casa natal de María se hallaba expuesta a la profanación y la ruina: el viento de la conquista iba a dar por fruto el huracán de la desolación.

Empero el destino providencial se realiza de una manera solemne, y acontece la escena mas poética que jamás pueda presentarse a la fantasía de los pintores y de los vates.

Sería como cosa de media noche del mes de mayo del citado año, cuando unos ángeles descendieron de las alturas, y tomando en sus brazos el edificio santo de Nazareth, se elevan con él sobre las cumbres de las montañas, abandonando aquel suelo abrasado ya con la huella de los infieles, y en medio de suaves melodías, músicas y cantos celestiales entonados por serafines que despliegan sus doradas alas en el firmamento, constituyen un mágico grupo que flotando en el aire parecía una refulgente estrella; en tal disposición, desapareció de Nazareth aquel santo edificio para ser transportado a la Dalmacia ciferior, entre Terzato y Flumeno, es decir, a mas de 600 leguas del sitio en que estaba.

El armonioso sonido del laud, que pulsaba un querubín acompañando a su voz dulcísima, producía ecos que resonaban en los bosques vecinos, y parecía saludar a la bienhadada tierra que iba a servir como de concha a la brillante perla arrancada de Nazareth. La luz saluda también a aquel suelo feliz y parece sonreírse de gozo al inundar con su benéfico influjo aquellas aventajadas playas, porque la Virgen María va a establecer allí su hogar.

En efecto, aquel país ve por la vez primera un templo y un altar: el sol de la mañana alumbra a los aromáticos jardines, después que el alba había sido testigo de la milagrosa traslación.

Los naturales de aquel país se admiraron y alarmaron, y un sacerdote anciano, el devoto Alejandro de Giorgio, párroco de la feligresía de Terzato, sumamente afecto a la Virgen, les hace presente que entre los dolores de su crónica enfermedad había visto a María Santísima sentada sobre un trono de luceros y le había revelado que por los excesos y por los insultos de la guerra de Palestina, los ángeles habían trasladado su casa solariega a aquel punto. Las palabras no alcanzaron entero crédito, y con el objeto de convencer a aquellas gentes incrédulas, el devoto Alejandro tomó el partido de abrir su corazón a Dios e implorar su protección. Después de algún tiempo pidió que le llevasen al sitio donde estaba el templo; trasladado que fué en unas andas como enfermo, les dió la mayor prueba del favor del cielo, puesto que apenas hubo llegado al vestibulo de aquel santuario, el venerable presbítero quedó repentinamente sano; y entonces el pueblo incrédulo derramando lágrimas, invocó a María Santísima, desde cuyo momento quedaron encadenados de amor sus corazones. El opulento conde de Terzato, viendo los aplausos del pueblo, hizo averiguaciones sobre el suceso, y supo que la noche en que había desaparecido la casa santa de la villa de Nazareth, fué cabalmente la víspera de la en que él invadió la Esclavonia.

Allí permaneció siendo pontífice Nicolás IV hasta el año 1294, en que el 10 de diciembre apareció este glorioso santuario en Italia, en la parte que antiguamente se denominó Pisceno, provincia cercana a la Dalmacia, divididas ambas por una lengua del mar Adriático, por cuya travesía hay la distancia de treinta y tres millas castellanas.

## XIV.

Esta segunda traslación la efectuaron también los

ángeles, según dice la tradición, colocándola en una espesa selva, y ocurriendo cuando la luna se elevaba ya a la mitad del cielo y cuando las flores, adormecidas durante el día, esparcían inefable fragancia al dulce aire de la noche, creciendo mas a montones en los vergeles y cayendo otras de manos de los ángeles en canastillos, que cual digna ofrenda arrojaban a los pies de la imagen de María.

¿A dónde lleváis, ángeles del Señor, la casa santa de María? ¿Por qué hacéis que estos alrededores queden sumergidos en la mayor tristeza con la ausencia de ese templo? ¿Cuáles han sido nuestras faltas para que así pese sobre nosotros la venganza divina? Tales fueron las preguntas que los moradores de aquel país debieron hallar en sus labios cuando vieron desaparecer por los aires la santa morada de la Virgen.— Nuestra intención, contestaron a su vez las divinas inteligencias, no es la de colocar este ambulante templo mas allá del Recanato; y a todo esto un serafín señalaba con su dedo el sitio en que debía ser colocado el edificio sagrado. Pertenecía aquella posesión a una noble matrona llamada Laureta, de donde tomó el nombre la imagen que hasta hoy conserva, denominándose de Loreto.

Los habitantes de las populosas ciudades de Italia dirigían sus peregrinaciones a la casa de Loreto, viéndose allí un día y otro día clérigos y seglares, ricos y pobres, hombres y mujeres, todos en devotas romerías. Empero a la sazón estaban consternados los empinados montes lauretanos y sus cercanías con las cuadrillas de facinerosos que allí se ocultaban; célebres ladrones que con especialidad se dedicaban a sorprender a los piadosos viajeros, robándoles las ofrendas que llevaban al santuario; de suerte que los continuos crímenes y asesinatos de aquellos malvados interrumpieron el curso de las peregrinaciones.

Los ángeles del Señor, que no lo ignoraban, descienden otra vez del cielo, y sobre sus benditas palmas levantan el edificio santo, trasladándole a un collado apartado de la selva; este collado estaba situado como a una milla del paraje en que antes estuvo la casa de María y tres de la ciudad de Recanato, cerca del camino real, y dominando los campos que por todas partes le rodean; presenta el mas precioso panorama en un suelo cuajado de árboles de graciosa variedad, de diversas y bellísimas flores.

Allí colocaron el templo y la imagen de la Virgen, y acudiendo gran concurso de gentes, cubrieron estas sus paredes de presentallas y dadas preciosas de tanto valor y en tan gran número, que llegaron a representar una verdadera riqueza, y dieron motivo a que este terreno que estaba indiviso y era de la pertenencia de dos hermanos, se disputasen ambos el sitio que ocupaba el templo con el siniestro fin de apoderarse de las alhajas y cuantiosas limosnas que en aquel rico santuario se depositaban. La ambición de estos hermanos llegó hasta el punto de que cada cual reuniese sus parciales, y con las armas en la mano tratasen de sostener la sangrienta lucha que había de decidir una cuestión tan reprobada y de suyo tan contraria a las piadosas intenciones de los fieles. De aquí el adagio de decir cuando hay un marcado empeño en conseguir alguna cosa: *ni que fueras a ganar la Casa Santa*, aludiendo a la contienda de aquellos dos hermanos disputadores.

E. C.

## Paris y Londres en 1793.

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

## CAPITULO XV.

LA SEÑORA DEFARGE HACE MEDIA.

La tienda de Defarge se había abierto mas temprano que los demás días. Desde las seis de la mañana pálidos rostros pegados a las rejas de las ventanas habían visto en el interior de la taberna otras caras macilentas inclinadas sobre sus vasos.

Defarge despachaba siempre un vinillo de ínfimo precio hasta en los años de abundante cosecha, pero nunca había sido tan malo como en aquella época; era una bebida indescriptible, agria, y sobre todo irritante, a juzgar por el mal humor que infundía a los que la saboreaban. Ninguna llama báquica salía del zumo de vid que vendía Defarge, pero ocultaba en las heces de sus cubas un fuego siniestro que ardía en la sombra.

Hacia tres días que la tienda del tabernero se llenaba al amanecer, y a decir verdad parecía que se iba allí, mas que a beber, a hablar de asuntos graves. La mayor parte de los individuos que saludándose en voz baja, habían entrado en la taberna desde que abrieran la puerta, no hubieran podido dejar un ochavo en el mostrador para salvar su alma, y sin embargo, se interesaban tanto por el objeto de la reunión como los que bebían, y pasando de una mesa a otra, recogían palabras en vez de vino y las escuchaban con atención.

A pesar de tan inusitada concurrencia de parroquianos, no se hallaba en la tienda el amo de casa, pero nadie echaba de menos su presencia, nadie preguntaba por él ni le buscaba siquiera con la mirada. Ninguno de los que cruzaban la puerta se admiraba de ver a la

señora Defarge presidiendo la distribución de los vasos al lado de una taza llena de monedas de cobre, torcidas, sucias, y cuya efigie primitiva estaba tan borrada como la efigie humana que las había sacado del bolicillo.

Los espías, que algunas horas después se introdujeron en la taberna de Defarge como lo hacían en todas partes, desde los salones de Versalles hasta los calabozos, solo vieron en todos los semblantes un aspecto indiferente ó distraído. Los jugadores de naipes eternizaban las partidas, y los demás construían torres con los dominós ó trazaban cifras con la punta del dedo en las mesas manchadas de vino.

La señora Defarge, apoyada en su mostrador, dibujaba el patron de sus mangas con la punta del limpiadientes, y veía con los ojos bajos cosas invisibles para los concurrentes.

Así trascurrió la primera parte del día.

Dieron las doce y entraron dos viajeros en el arrabal de San Antonio. El uno de ellos era Defarge, y el otro un caminero que se distinguía por su gorro azul y por estar cubierto de polvo.

Dirigieron a la taberna, pero el rumor de su llegada esparciéndose de calle en calle había encendido en el arrabal un fuego interior que se revelaba en puertas y ventanas por rostros inflamados. Sin embargo, nadie les siguió, y cuando entraron en la tienda ninguno de los parroquianos les dirigió la palabra.

Pero habiéndoles dado Defarge los buenos días, todas las lenguas se desataron y devolvieron el saludo.

— Mal tiempo, señores, dijo el tabernero sacudiendo la cabeza.

Cada cual miró al que tenía al lado, bajó los ojos y se sentó en silencio.

Entonces se levantó un individuo y salió de la taberna.

— He hecho una gran parte del camino con este buen hombre que se llama Juan, continuó el tabernero dirigiéndose a su mujer. Le he encontrado por casualidad a unas veinte leguas de Paris. Dale de beber, porque tiene sed y es un excelente compañero de viaje.

Se levantó otro individuo y salió mientras la taberna entregaba un vaso lleno al recién llegado.

El caminero se quitó el gorro azul, saludó a los circunstantes y se bebió de un trago el vinillo de Defarge. Sacó después de la blusa un pedazo de pan moreno, y mientras comía y bebía, otro individuo se levantó y desapareció como los dos anteriores.

Defarge necesitaba también tomar un refrigerio, pero como el vino no era para él fruta vedada, bebió muy poco en comparación del campesino, y permaneció en pie esperando que este acabase su almuerzo.

Nadie le miraba, y él no miraba a nadie, ni aun su mujer, que había tomado otra vez su calceta.

— ¿Has acabado? preguntó al caminero cuando dió este fin al pan.

— Sí, respondió el aldeano.

— Pues sígueme; ven a ver tu cuarto.

Salieron de la tienda, se dirigieron al patio, subieron una escalera pendiente y sucia, y se encontraron en la guardilla donde vimos en otro tiempo al hombre de cabeza canosa que hacía zapatos. El anciano no estaba allí, pero se hallaban reunidos los tres individuos que habían salido de la taberna aisladamente, y la única relación que tenían con el zapatero consistía en que eran los mismos que miraban por las rendijas de la pared en el momento que miss Manette iba a buscar al antiguo cautivo.

El tabernero cerró la puerta con cuidado, y dijo rompiendo el silencio en voz baja:

— Juan primero, Juan segundo, Juan tercero, este es el testigo a quien había dado cita. Yo, Juan cuarto, le suplico que os diga todo lo que ha visto y todo lo que ha podido saber. Habla, Juan quinto.

— ¿Por dónde principiaremos, señor? preguntó Juan quinto enjugándose la frente con el gorro azul.

— Por el principio, respondió Defarge.

— Le vi entonces, señores, dijo Juan quinto, hace tres meses, estaba colgado debajo de la carroza y sostenido por la cadena. Era la hora de dejar el trabajo, el sol iba a ocultarse, y el carruaje del marqués subía lentamente el cerro arrastrándole en esta posición.

El caminero repitió la pantomima que había ejecutado delante del marqués, y que necesariamente había perfeccionado, porque hacía tres meses que era la única distracción de la aldea.

— ¿Le conociais? le preguntó Juan primero al testigo.

— No, respondió el caminero recobrando la perpendicular.

— ¿Cómo pudiste conocerle? dijo Juan segundo.

— Por su elevada estatura, repuso el aldeano tocándose la punta de la nariz con el dedo índice de la mano derecha. Cuando el señor marqués me preguntó ¿cómo era? — Alto como un fantasma, le contesté.

— Debías haber respondido que era pequeño como una bota, dijo Juan segundo.

— ¿Qué sabía yo? repuso el caminero. Estaba hecho. Advertid además que no fui yo el que se ofreció a declarar. Me hallaba cerca de la fuente, el señor marqués sacó la mano por la portezuela y dijo designándome: «Gabelle, haz que se acerque ese rústico.» Ya veis, señores, que no tenía otro remedio que obedecer.

— Tiene razón, dijo Defarge a Juan segundo. Continúa, Juan quinto.

— ¡Bien! dijo el aldeano con aire misterioso; aquel hombre estaba fugitivo, pero le buscan. ¿Cuánto tiempo? Nueve meses... diez... once...

— No importa, dijo el tabernero, pero le descubrieron: continúa.

— Trabajaba aun en el mismo sitio; el sol iba á ocultarse como la primera vez, y recogía mis instrumentos para bajar á la aldea á descansar, cuando he aquí que levanto los ojos y veo que unos soldados subian por el camino. Eran seis, y en medio de ellos distingo un hombre, buen mozo, que llevaba los brazos atados.... así....

El aldeano, por medio de su indispensable gorro, representó á un hombre atado de codos por la espalda.

— Me apartó á un lado, detrás de un monton de piedras para ver á los soldados y al preso, porque el camino está tan desierto que distrae ver pasar algun viajero de vez en cuando. Se iban acercando, y como os decia no ha mucho, eran seis soldados con el buen mozo. Los siete me parecian casi negros, á excepcion del lado donde se ocultaba el sol que parecia de color rojo. Sus sombras se prolongaban sobre la pendiente, y se hubiera dicho que eran sombras de gigantes. Despues vi que estaban cubiertos de polvo, y que el del camino se levantaba en torno de ellos á cada paso que daban. ¡Plan! ¡plan! ¡plan! Estoy seguro de que los oian desde la aldea. Finalmente, cuando llegaron adonde estaba yo parado, conocí al preso que me conoció tambien. ¡Pobre muchacho! ¡Qué contento hubiera estado si le hubiese conducido de arriba abajo como cierta tarde que le encontré casi en el mismo sitio!

El caminero parecia hallarse aun allí, y era evidente que la escena cuyos detalles explicaba se presentaba á sus ojos.

— Como podeis figuraros, prosiguió, no hice ver á los soldados que conocia al preso, y él hizo lo mismo, pero con la mirada nos dijimos el uno al otro que nos habiamos conocido. « ¡Alerta, muchachos! » dijo el jefe á los soldados señalándoles la aldea. La tropa estrechó las filas para obedecer á su jefe, y yo les seguí con los instrumentos sobre el hombro. Las cuerdas apretaban tanto al preso que tenia los brazos hinchados, sus zapatos le pesaban y le hacian cojear, y como esto le impedía el andar, le empujaban por la espalda con las culatas de los fusiles haciéndole caer dos veces. Les era preciso pararse entonces, pero los soldados se reian y le ayudaban á levantarse. ¡Si le hubierais visto entonces! tenia toda la cara ensangrentada y cubierta de polvo, y como no podía enjugarse porque tenía las manos atadas, parecia un condenado en vida. Llegaron por fin á la aldea, y todo el mundo corrió para verlos. Pasaron cerca del molino, llegaron al cerro y se dirigieron á la cárcel cuya puerta se abrió... ¡y se lo tragó!

El caminero abrió una boca de á palmo y volvió á cerrarla haciendo rechinar los dientes.

— Continúa, Juan, dijo Defarge.

— Toda la aldea, repuso el caminero bajando la voz y alzándose sobre la punta de los pies, toda la aldea volvió á la fuente donde cada cual emitió su parecer; despues todo el mundo se fué á acostar y soñó con aquel desdichado que habian puesto en la cárcel, de donde no debía salir mas que para ser ahorcado. A la mañana siguiente, cuando salí á trabajar con mis instrumentos al hombro y comiendo mi racion de pan moreno, di un rodeo y pasé por delante de la cárcel. Estaba allí, con su pobre rostro ensangrentado y cubierto de polvo pegado a los barrotes de hierro. Llevaba aun los brazos atados, y no pudo hacerme ninguna seña; pero sus ojos fijos me miraron como lo hubiera hecho un cadáver.

Los tres Juanes y el tabernero escuchaban este relato con ademan sombrío y dirigiéndose miradas en las que se revelaban el odio y la sed de venganza. Por lo demás, su rostro estaba tranquilo y su actitud era severa y llena de autoridad. Dos de estos jueces implacables estaban sentados sobre un jergon con la barba apoyada en una mano y mirando al aldeano, y Juan tercero, no menos atento, estaba arrodillado detrás de ellos acariciándose con sus crispados dedos sus labios pálidos, en tanto que Defarge, en pie entre los jueces y el testigo, que habia colocado cerca de la ventana, miraba alternativamente al caminero y al tribunal.

— Continúa, Juan, dijo despues de un momento de silencio.

— Estuvo allí mas de una semana, repuso el campesino del gorro azul. Toda la aldea tenia miedo y no se atrevía á acercarse, pero le miraban desde lejos; y al anochecer cuando terminado el jornal nos reuniamos en la fuente, todos volvíamos la cabeza hacia la cárcel. Ya os podeis figurar cuánto se charlaria allí: unos decian en voz baja que no seria ejecutado, y que se habian hecho exposiciones en las que se probaba que se habia vuelto loco desde la muerte de su hijo, y hasta añadian que una de las exposiciones habia llegado á las manos del rey. Yo no sé lo que hay de cierto sobre este punto, pues lo mismo puedo decir que era verdad como que era mentira.

— Sí, Juan; es cierto, dijo uno de los jueces. Una de esas exposiciones fué presentada al rey y á la reina. Defarge la entregó un dia exponiendo su vida y viéndose casi atropellado por los caballos del coche al tiempo de verificarlo. Nosotros cuatro vimos esa exposicion en manos del rey.

— Sí, Juan, dijo el hombre que estaba arrodillado detrás de sus compañeros y que con su mano convulsiva se acariciaba la boca como si estuviese bajo el imperio de una hambre devoradora; sí, Juan, y los guardias del rey de á pié y de á caballo rodearon al que entregó la exposicion y le maltrataron. ¿Lo oyes, Juan? Le maltrataron.

— Está bien, dijo Defarge; continúa, Juan quinto.

— Otros decian, prosiguió el narrador, en las conversaciones de la fuente, que le habian traído á la aldea para darle muerte en el mismo pais donde se cometió el crimen, y que indudablemente seria ejecutado, y hasta no faltaba quien aseguraba que habiendo asesinado al marqués, y considerándose a este como el padre de sus feudatarios, se le aplicaria la pena de los parricidas. Uno de los viejos de la aldea dijo que le pondrian un puñal en la mano derecha y se la quemarian toda, que despues le harian en los brazos, en el pecho y en todo el cuerpo heridas donde echarian aceite hirviendo, plomo derretido, resina, azufre y cera encendida, y que finalmente le arrancarian los miembros descuartizándole con caballos. Aquel viejo decia que así se habia hecho con un parricida que habia atentado contra la vida de Luis XV. ¿Cómo podré decir si mentia, cuando ni siquiera sé leer?

— ¡No mentia... no! dijo el que escuchaba arrodillado. Oyeme, Juan, y no olvides lo que voy á decirte. Ese parricida se llamaba Damiens, y se cometieron con él todos esos horrores en pleno dia, en medio de la calle. Entre la multitud que acudió para gozar con esos tormentos se distinguian en gran número las mujeres de distincion, mujeres elegantes que permanecieron allí hasta el fin del suplicio, ¡hasta el fin, Juan! Era de noche, el desgraciado habia perdido un brazo y dos piernas y aun respiraba. Si, todo eso se hizo. Pero ¿qué edad tienes?

— Treinta y cinco años, respondió el aldeano que representaba sesenta.

— Pues podias haberlo visto, porque tenias mas de diez años entonces.

— ¡Basta! dijo Defarge con impaciencia. Continúa, Juan.

— Como iba diciendo, repuso el caminero, unos decian una cosa, otros otra, y no se hablaba mas que del preso. Yo creo que hasta la fuente parecia que daba su parecer y charlaba como nosotros. Finalmente, un domingo por la noche, cuando toda la aldea dormia, algunos soldados, no sé cuántos eran, bajan de la cárcel, se paran y se oyen sus fusiles resonar en las piedras de la calle. Algunos labradores cogen el azadon, y hé aquí que empiezan á cavar mientras varios carpinteros cortan maderos, y los soldados rien y cantan, y tanto bajaron, que al amanecer se elevaba cerca de la fuente una horca de cuarenta piés de altura.

Los ojos del caminero traspasaron el techo y alzó las manos como si hubiera visto la horca levantada hacia el cielo.

— Nadie trabajaba, nadie llevaba los animales al campo, y todo el mundo estaba allí como podeis figuraros, hasta las vacas. A las doce del dia se oyó un tambor, y los soldados que habian vuelto á la cárcel, bajaban con el reo. Llevaba aun los brazos atados por la espalda, y además una mordaza que le abria la boca hasta las orejas y le hacia reir, ó al menos lo parecia. En el extremo de la horca estaba el puñal con que habia asesinado al marqués, lo subieron hasta allí, y pocos momentos despues su cuerpo colgaba en el aire haciendo contorsiones.

Los cuatro Juanes se miraron en tanto que el campesino se enjugaba el rostro con el gorro azul.

— Y lo mas terrible es, continuó el caminero, que su cadáver está aun allí colgado. ¿Cómo quereis que vayan las mujeres á sacar agua? ¿Podremos reunirnos en torno de la fuente y hablar debajo del ahorcado? Cuando sali el lunes por la tarde se ocultaba el sol; al llegar á lo alto del cerro, vuelvo la cara, y ¿qué veo? la sombra de aquel desgraciado se extendia sobre la iglesia, sobre el molino, sobre la cárcel, y llegaba, señores, hasta el punto donde la tierra se junta con el cielo.

El hombre hambriento se mordía las uñas mirando á sus tres compañeros, y sus dedos se estremecian con el hambre horrible que le devoraba.

— Hé aquí lo que ha sucedido, señores. Salí de la aldea al ocultarse el sol como me habian mandado; continué andando toda la noche y toda la mañana del dia siguiente hasta que encontré á este amigo; despues seguimos nuestro camino juntos, ya á pié, ya en carruaje, y por último, acá estamos todos.

— Bien, dijo el primer Juan despues de un instante de silencio; eres un hombre honrado y has dicho la verdad. Haz el favor de salir y esperar fuera de la puerta algunos minutos.

Defarge salió con el campesino que fué á sentarse en los primeros escalones, volvió despues á la guardilla, y cuando entró, los tres compañeros formaban un grupo y parecian estar en deliberacion.

— ¿Qué te parece? preguntó el primero de los tres Juanes. ¿Se han de apuntar?

— Sí, respondió el tabernero, han de ser destruidos.

— ¿La familia y el castillo?

— La familia y el castillo, repuso el tabernero, exterminio completo.

— ¡Magnífico! exclamó el hombre hambriento.

— ¿Estas bien seguro de que nuestro modo de llevar las cuentas no será algun dia motivo de dificultades?

dijo Juan segundo al tabernero. Es un lenguaje muy secreto, porque nadie sabe que exista; pero ¿podremos descifrarlo, ó mas bien será ella capaz de hacerlo?

— Juan, respondió el tabernero irguiéndose con orgullo, mi mujer grabará de tal suerte en su memoria todas nuestras cuentas, que no perderá una sílaba. No temas; esa faja de punto de media que, segun una combinacion especial, forma una escritura, cuyos caracteres son fijos, no dejará de ser clara para la que la hace. Créeme; sería menos facil al último de los cobardes salir de este mundo, que borrar del punto de media de

mi mujer una letra de su nombre ó de la lista de sus crímenes.

Un murmullo de aprobacion acogió estas palabras y no se habló mas del asunto.

— Espero que enviaremos otra vez á ese campesino á su pueblo, dijo el tercer Juan; es tan cándido que podria ser peligroso.

— No sabe nada relativo á los demás, respondió el tabernero, y todo lo que podria decir solo serviria para hacerle prender. No temais, eso corre por mi cuenta. Le enviaré cuando convenga; quiere ver el rey, la reina y toda la corte, y me propongo darle ese gusto el domingo.

— ¡Cómo! exclamó el hambriento, ¿puede contarse con un hombre que desea ver la nobleza y el rey?

— Juan, respondió Defarge, enseña leche á un gato si deseas que tenga sed, y pon un perro delante de su presa si quieres que algun dia te la traiga.

Los cuatro Juanes no hicieron mas observaciones y se dispusieron á bajar de la guardilla. En los primeros escalones encontraron al campesino que se habia dormido, y le aconsejaron que fuese á acostarse en el jergon. El buen hombre no se hizo repetir dos veces la invitacion, y muy pronto quedó sumido en profundo sueño.

Hubiera sido difícil para un viajero de su clase encontrar en Paris una hospitalidad mas lujosa y cómoda que la del tabernero, y á excepcion del temor misterioso que le inspiraba la taberna, el género de vida que llevaba en casa de los Defarge era para el caminero tan agradable como nuevo; pero la dueña de la casa sentada todo el dia en la tienda, hacia tan poco caso de su presencia y parecia tan decidida á manifestar que ni siquiera reparaba en él, que el aldeano se estremecia siempre que sus ojos se fijaban á pesar suyo en aquella mujer impasible. ¿En qué estaba pensando? ¿Quién podria explicar lo que iba á imaginar ni lo que trataba de hacer? No dudo, decia para sí el campesino, que si se le antojase afirmar que me habia visto matar un hombre, no vacilaria en nada y me veria ahorcar sin desplegar los labios.

Así pues, cuando llegó el domingo, nuestro caminero no quedó muy satisfecho al ver que la señora Defarge le acompañaba á Versailles. ¿Cómo no habia de turbarse teniendo á su lado en el coche público á aquella mujer que sacó la media y principió á trabajar sin levantar la vista? ¿Cómo no habia de desconcertarse mas y mas al encontrarla tambien á su lado entre la multitud, sin que la próxima llegada del rey pudiera distraerla de su sempiterno punto de media?

— ¡Con cuánto afan trabajais, señora! le dijo uno de los que estaban á su lado.

— Tengo que trabajar mucho, respondió la señora Defarge.

— ¿Puede saberse para qué destinais esas fajas de punto?

— Para muchas cosas.

— ¿Qué cosas son esas?

— Sudarios.

El curioso se alejó de la taberna tan pronto como le fué posible, y el caminero experimentó un calor tan extraordinario, que se vió precisado á abanicarse con su gorro azul.

Sin embargo, pocos momentos despues le distrajo de su terror un espectáculo que tenia para él muchos atractivos. Aparecieron entonces en su carroza dorada el rey de robustas mandíbulas y la reina de hermoso rostro, seguidos de una multitud de brillantes señores y de damas risueñas y elegantemente ataviadas, de modo que al ver tantas alhajas, penachos, seda, esplendor, belleza, rostros desdeñosos y miradas insolentes, nuestro caminero sintió un vértigo de admiracion y gritó en medio de su entusiasmo: Viva el rey! ¡viva la reina! ¡vivan los nobles! ¡vivan todos! como si nunca hubiera oído decir que existieran pobres Juanes.

Tanto miró aquellos jardines, aquellos patios, aquellas galerías, aquellas flores y aquellas fuentes, que despues de contemplar al rey, á la reina y á toda su comitiva y de gritar: ¡Vivan todos! acabó por llorar de admiracion, y durante las tres horas que duró este espectáculo, no cesó de vitorear, en tanto que el tabernero le contenia asiéndole de la blusa, como para impedir que se arrojase sobre los objetos de su culto y los hiciera pedazos.

— ¡Bien! muy bien! le dijo Defarge dándole golpes en el hombro, eres un buen muchacho.

Cuando volvió en sí el campesino principiaba á creer que tal vez se habia equivocado y que sus manifestaciones habian sido una falta; pero Defarge le decia al oído:

— Has obrado bien, amigo mio; los hombres de tu carácter les hacen creer que esto durará mucho tiempo, y por lo tanto estarán mas tranquilos y todo acabará mas pronto.

— Es verdad, dijo el caminero con ademan pensativo.

— No sospechan nada esos locos orgullosos que te desprecian; darian la muerte á cien de tus iguales antes que á uno de sus caballos ó de sus perros, pero creen lo que les dicen y no saben mas. Continúa engañándoles, amigo mio, continúa; es preciso que la ilusion les ciegue.

La señora Defarge miró al caminero con expresion imperiosa, é hizo una inclinacion de cabeza afirmativa.

— ¿Aplaudirás y llorarás siempre que la multitud grite? le preguntó la tabernera.

— Es muy posible, señora.

— Si te enseñasen un monton de muñecas y te arro-

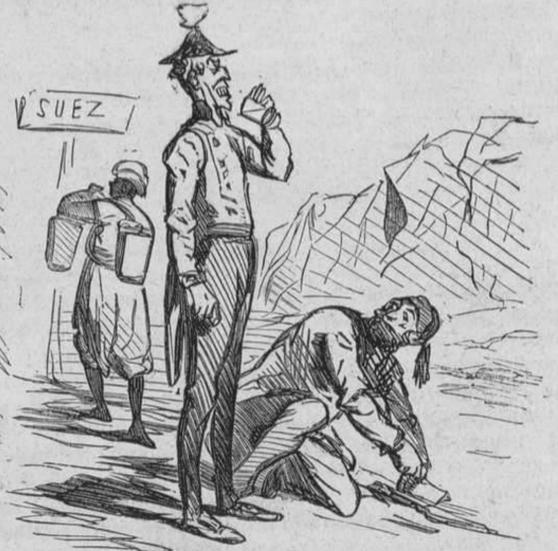
ACTUALIDADES, POR CHAM.



Los estranguladores de Londres haciendo de las soyas.



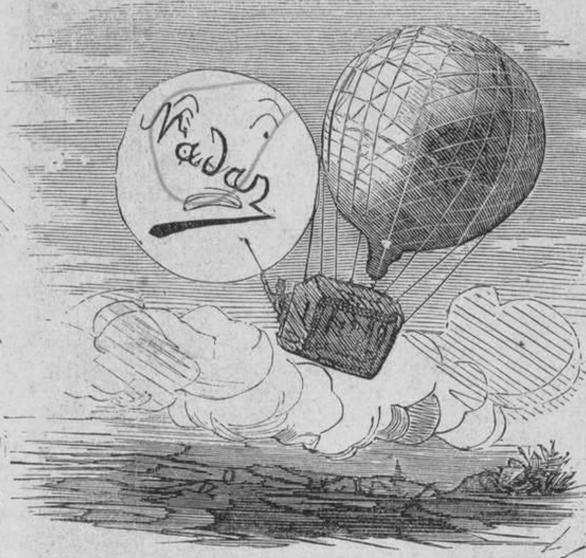
Lavándose las manos, lo mismo que si el Congreso de 1863 fuera una bola de jabon de Windsor.



— Ya está aquí el agua dulce. — ¡Oh, no! no es dulce para mí, la encuentro muy amarga. No me gusta el canal de Suez.



¡Dios mio! ¿Qué haria yo para apaciguar al astrólogo Mathieu (de la Drome), que nos envia tales tormentas? ¿Le regalaré una botella de aniseta?



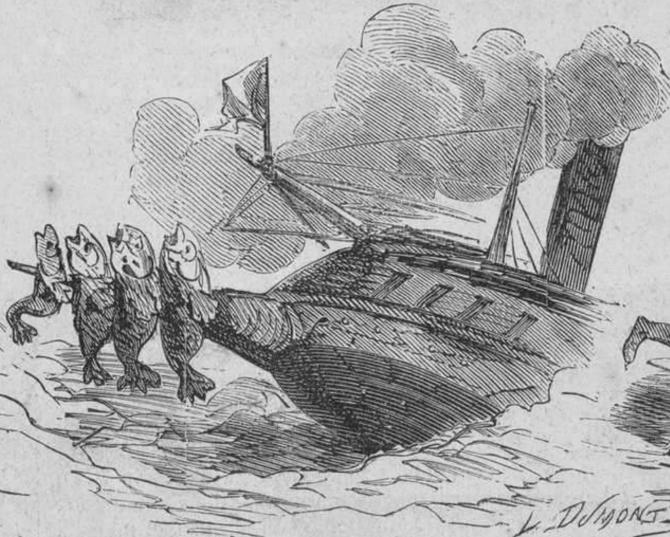
El celeberrimo Nadar empeñado en plantar su firma sobre la luna, sin acordarse del mal efecto que puede producir en las obras de los paisistas.



¡Otra bomba! Este es el cuento de nunca acabar.



Puedes hacer en Brest otra ciudad como Marsella, pero pobre de tí si haces una Cannebiere.



Triste situacion de los peces despues que circulan por el mar los buques acorazados.



A punto de marchar contra el Schleswig-Holstein, los beligerantes alemanes se ejercitan en disputarse el sombrero de general en jefe.



El gobernador de Varsovia prohibiendo á los conejos que salgan con su pelleja, por el temor de que los polacos la aprovechen en hacerse guantes de abrigo.



El único medio que hay en Varsovia para que la policía rusa deje dormir á un hombre con sosiego.



— Pronto á la ciudadela. El negro está prohibido.  
— Pero señor, si es arropo...  
— Se come de otro color.

jasen sobre ellas diciéndote que las hicieras pedazos, ¿elegirías la mas brillante?

— ¡Si, por cierto!

— Si te pusieran delante de una bandada de pájaros que no pudieran huir y te mandasen que los desplumaras en provecho tuyo, ¿exterminarías el que tuviese el plumaje mas rico?

— Si, sin vacilar.

— Pues has visto aquí magníficas muñecas y ricos pájaros, le dijo la tabernera indicándole el sitio por donde acababa de pasar la corte: ya puedes volverte ahora á tu aldea.

CAPITULO XVI.

LA TABERNA SIGUE HACIENDO MEDIA.

Mientras la señora Defarge y su esposo volvian como buenos amigos al arrabal de San Antonio, un punto imperceptible cubierto con un gorro azul andaba entre las sombras y el polvo á lo largo de un camino interminable, y se dirigia hácia la comarca donde el castillo del marqués oia murmurar las viejas encinas.

Las caras de piedra tenian ahora tantos ratos de ocio para prestar oido á los susurros de las hojas y de la fuente, que el reducido número de espantajos que, buscando yerba para alimentarse y leña para calentarse, se extraviaban por las cercanías del inmenso patio, se imaginaban en su mente muerta de hambre que aquellas máscaras petrificadas no tenian la misma expresion. Circulaba un rumor por la aldea, rumor débil y extenuado como los que lo escuchaban, que en el momento de penetrar el puñal en el corazon del marqués, el orgullo pintado en aquellas caras de piedra habia sido reemplazado por una cólera mezclada de dolor, y que desde el dia que el desdichado Juan pendia á cuarenta piés sobre la fuente, habian cambiado otra vez de expresion tomando la de la crueldad satisfecha que seguian observando.

La que se asomaba sobre la ventana del aposento donde se habia perpetrado el crimen, tenia encima de la nariz dos arrugas aterradoras que todo el mundo reconocia y nadie habia visto hasta entonces, de modo que en las raras ocasiones en que dos ó tres aldeanos cubiertos de harapos se adelantaban para ver el rostro petrificado del marqués, apenas un dedo huesoso lo designaba cuando todos huian y se ocultaban entre el musgo y las malezas, tan gozosos como la liebre que encuentra un asilo en su fuga.

Castillo y cabañas, máscaras de piedra y esqueleto de ahorcado, manchas sangrientas en las losas, agua pura en la fuente de la aldea, millares de toesas de terreno, toda una provincia, toda la Francia descansa en tinieblas en donde el espacio que ocupa se reduce al grueso de un cabello.

Un mundo entero con todas sus pequeñeces está encerrado en la estrella que centellea, y lo mismo que la ciencia puede descomponer la luz y examinar cada uno de sus rayos, la inteligencia humana puede leer en el reflejo de nuestro planeta los pensamientos y los actos, los vicios y las virtudes de los seres responsables que se mueven en su superficie.

Los esposos Defarge se dirigian en el carruaje público hácia las puertas de Paris á la claridad de las estrellas. Fué preciso como siempre detenerse en la barrera, y como siempre los faroles, apareciendo de pronto, se acercaron á proceder al examen con todo rigor. Defarge bajó del carruaje; conoció á uno ó dos soldados de la guardia y á uno de los agentes de policia, y era tan íntima su amistad, que le abrazó cordialmente.

Cuando los Defarge, envueltos otra vez en las sombrías alas del arrabal de San Antonio, bajaron por fin de su vehiculo, la esposa del tabernero tomó la palabra mientras buscaba su camino al través del lodo negruzco y las inmundicias que cubrian la calle.

— ¿Qué te ha dicho Juan de la policia? preguntó á su marido.

— Lo que sabia, respondió el tabernero; se ha nombrado un espia nuevo para nuestro barrio, y tal vez haya algun otro, pero no ha podido decirme.

— ¿Te ha da-



Bajo los abetos.

do las señas? repuso la señora Defarge arrugando el entrecejo con expresion sombría. ¿Qué hombre es ese?

— Un inglés.

— Mejor. ¿Cómo se llama?

— Barsad, respondió Defarge.  
— Barsad, repitió la tabernera. ¡Bien! ¿Y su nombre de pila?

— John.

— Bien. ¿Y cuáles son sus señas?

— Edad, unos cuarenta años; estatura cinco piés, nueve pulgadas; cabellos negros; tez morena; el conjunto del rostro mas bien agraciado que feo; ojos hundidos; cara delgada, larga y pálida; nariz aguileña separándose de la línea recta é inclinándose hácia la izquierda; fisonomía siniestra.

— El retrato es completo, dijo la tabernera; lo apuntaré mañana.

La tienda estaba cerrada porque eran las doce de la noche, y los dos esposos entraron por una puerta interior.

La señora Defarge se dirigió inmediatamente al mostrador, tomó las monedas que se habian recaudado en su ausencia, contó las botellas que quedaban, examinó los licores, comprobó el registro, apuntó varios artículos, hizo algunas preguntas al dependiente, y le envió por fin á acostarse. Vaciando despues la taza que contenia los ingresos del dia, colocó el dinero en una serie de nudos que hizo en el pañuelo con objeto de llevarse á su aposento para mayor seguridad.

Defarge se paseaba en tanto de un extremo á otro de la tienda con la pipa en la boca y admiraba las acciones de su esposa, pero sin intervenir en ellas. Es forzoso añadir que así pasaba la vida sin ocuparse de su comercio ni de sus negocios domésticos.

La noche era cálida, el aire abrasador, se exhalaban miasmas infectos de las paredes, y la taberna, cuyas ventanas estaban cerradas, contenia una atmósfera tan nauseabunda que asfixiaba.

El aparato olfatorio de Defarge no era muy delicado, pero su vino tenia mas hedor que sabor, lo cual sucedia tambien con el aguardiente y el ron que vendia, y sofocado por esta mezcla de olores inmundos, los rechazó lanzando con fuerza el humo que le llenaba la boca y dejó la pipa sobre la mesa.

Su mujer alzó los ojos y le preguntó sin dejar su tarea:

— ¿Estás cansado? Es el olor de todos los dias; aquí no hay otro.

— En efecto, dijo el marido, estoy un poco cansado.

— Y no menos abatido, repuso la mujer cuya mirada no estaba tan absorta en sus cuentas que dejase de dirigirse de vez en cuando hácia Defarge. ¡Oh! ¡los hombres! ¡los hombres!

— Pero, querida...

(Se continuará.)

El gamo y el ciervo.

Hay personas que creen en el alma y en la inteligencia de los animales, y estas personas no son por cierto de las mas negadas que yo conozco. Es imposible contemplar uno de los dibujos tan verdaderos y poéticos al mismo tiempo que han valido á M. Carl Bodmer una justa celebridad, sin persuadirse de que el artista es de los que piensan que nada se quita al hombre acordando á los animales lo que vulgarmente la gente les rehusa.

Echemos una ojeada á ese gamo bajo los altos abetos; con la oreja alerta escucha; no es uno de esos ruidos ordinarios de la selva y de la soledad, uno de esos mil ruidos á que está acostumbrado; el suspiro del viento en las ramas, el roce de un ala de pájaro, el murmullo del arroyo ó el estrépito del torrente, la nota lúgubre y monótona del cuquillo, el salto de un conejo en la maleza, no; lo que escucha es un ruido que no ha oido todavía, quizá el galope de un caballo, quizá el sonido de la trompa de caza, y se sorprende, se alarma, adivina algun peligro, los latidos de su corazon sacuden sus flancos, en suma, tiene miedo, y el miedo no es un instinto, es un sentimiento.

Y ese ciervo que anda errante en el bosque des-



La tormenta.

pojado de su espesura, bajo la nieve que forma remolinos, ¿es no mas una criatura pasiva, físicamente impresionada por el frio y la tormenta? No; padece al ver el cielo gris y la tierra desolada; echa de menos el azul del verano, el sol ardoroso y alegre, el verde follaje, los tibios céspedes, el silbido de los mirlos, la luz, el calor, la vida; está triste, y si me atreviera diria que está melancólico en medio de semejante naturaleza.

X. F.

### Un amor inalterable.

(Continuacion.)

— ¡Oh! nada, respondió Tanneguy oprimiendo la mano que le tendia el anciano; nada, señor cura, a no ser algunas preocupaciones que nos ha enviado la república, y que antes no teníamos... pero a Dios gracias, todo prospera en Lanmeur; la cosecha se anuncia bien, los trigos están magníficos, y en tanto que haya con qué hacer pan en el país, los pobres no tendrán por qué quejarse.

— Teneis razon, interrumpió con un suspiro el abate; pero hay muchos pobres en nuestros campos.

Hablando así se habian internado en el presbiterio; el abate habia hecho pasar a sus huéspedes al comedor, y les habia hecho servir una frugal comida.

Sin embargo, Margarita estaba impaciente por recorrer el jardin; el buen cura lo conoció, hizo una señal a Tanneguy, y este último permitió a la niña alejarse.

Esta no se lo hizo repetir, y algunos segundos despues se oian las carcajadas de su voz fresca y sonora resonar en torno de la habitacion.

— Es una bella y alegre niña que Dios os ha enviado, dijo el viejo abate al desaparecer Margarita.

Tanneguy sonrió con falsa modestia, a través de la que brillaba su orgullo de padre.

— Es mi único consuelo, respondió gravemente; Dios me llevó a su madre, pero al menos me ha enviado uno de sus ángeles para reemplazarla.

— Es ya una mujer.

— Diez y seis años apenas.

— ¿Y no pensais en casarla?

Tanneguy sonrió y mostró con el gesto a Margarita, que corria en este momento bajo las ventanas del comedor.

— ¡Casarla! respondió; vedla: no ama mas que a las flores y a las mariposas; acaba apenas de nacer la pobre niña; quiero que ignore aun por mucho tiempo los cuidados y preocupaciones de la vida; tanto como ella quiera yo estaré aquí para evitarla los dolores, que son la herencia de la mujer, y si Dios me la conserva como me la ha dado, yo haré de modo que no conozca de este mundo mas que alegrías puras y dichas reales.

Despues añadió con una especie de complacencia paternal:

— Además, Margarita, si Dios quiere, será un dia el partido mas rico de Lanmeur. Pronto va a hacer diez y seis años que trabajo para ella. Tengo una granja en el país cuya propiedad me pertenece, y que produce bastante. Ultimamente he comprado algunas buenas yugadas de tierra con un magnífico par de buyes y algunos caballos de labor, lo que forma un dote regular. Margarita puede esperar y escoger. La dejo en libertad. Ha sido educada piadosamente; estoy tan seguro de ella como de mi, y cuando llegue el momento de ponerla en manos del que haya elegido, me resignaré sin temor, seguro de antemano que Dios la habrá guiado en su eleccion, y esta será buena.

— ¡Bravo, Tanneguy! interrumpió el buen cura con bondad; habeis sido el mejor de los maridos, y sereis el mejor de los padres.

— ¡Oh! muy penoso me será separarme de mi linda Margarita, respondió suspirando Tanneguy; pero me he acostumbrado a esta idea hace algun tiempo, y cuando llegue la hora estaré pronto. Además, añadió con triste sonrisa, ya sabeis, señor Kersaint, que siempre he alimentado un secreto deseo de retirarme a orillas del mar. Esto me recordará mi antigua profesion, y me fastidiaré menos en mi soledad si puedo dar una vuelta por la playa todas las mañanas. Mucho tiempo hace que hubiese venido a habitar Saint-Jean-du-Doigt, si no viese en el cementerio de Lanmeur la tumba de mi pobre esposa.

— ¡Una buena y digna mujer! interrumpió el cura.

— Mi Margarita es su retrato, replicó Tanneguy; la misma hermosa, la misma vivacidad, y sobre todo el mismo corazon.

El viejo abate observaba en este momento los movimientos de Margarita, que corria deslumbrada con los rayos del sol, medio embriagada por el aire vivo y puro de la mañana. Su rostro se iba poniendo grave poco a poco, y llevó dulcemente su mirada al rostro de Tanneguy.

— Tanneguy, dijo con voz lenta, como si quisiese pesar cada una de sus palabras; mucho tiempo hace que no veniais al presbiterio, y si tardais unos dias mas, era mi intencion ir a Lanmeur.

— ¿De veras? dijo Tanneguy, brillando su mirada de simpática alegría.

— Sí, prosiguió el abate, tenia precision de veros.

— ¿Habeis experimentado algun cambio en vuestra posición?

— No se trata de mi.

— ¿Pues de quién?

— De vos, amigo mio.

Tanneguy miró al anciano con extrañeza; jamás le habia visto tan grave, y sentia apoderarse de todo su ser un vago terror.

— Y bien, replicó despues de un rato de silencio, vuelto de su sorpresa y admiracion; me alegro haberos evitado ese viaje; estoy pronto a escuchar lo que teneis que decirme; creed que siempre me vereis dispuesto a seguir vuestros consejos.

El viejo abate pareció recogerse un instante; despues dijo:

— No sé, amigo mio, si conocereis en el país un hombre a quien han dado en llamar Erico el mendigo.

— Lo conozco, dijo frunciendo las cejas Tanneguy.

— Este hombre, prosiguió el anciano cura, recorre diariamente los caminos de la costa, y va sembrando por todas partes buenas ó malas nuevas que recoge en su camino.

— Muy a menudo le he dado limosna, y tambien Margarita, objetó Tanneguy.

— Esto no me extraña; él sacaba antes en la comarca un diezmo considerable, del que he oido decir que hacia mal uso. Creo que ha de ser una naturaleza perversa; este hombre no solo es malo, sino peligroso.

— Lo sé, dijo Tanneguy.

— ¿Habeis tenido motivo para quejaros de él?

— Una sola vez.

— ¿Y despues le habeis vuelto a dar limosna?

— ¿Yo? lo eché de la granja; pero Margarita le da de cuando en cuando por lo que he sabido.

— Entonces ya empiezo a explicarme la especie de odio que os tiene.

— ¡Ah! ¿me aborrece?

— Al menos dice de vos mucho malo.

— Pero nadie le dará crédito.

— Tanneguy, es un error de los mas funestos en las naturalezas rectas y leales, el no creer en el poder de los malos; es muy difícil preservarse de sus terribles ataques aun a los hombres mas virtuosos.

— ¿Y qué importa lo que pueda decir de mi Erico? dijo Tanneguy levantando la frente con un orgullo lleno de nobleza; hace ya veinte años que habito el país, señor cura, y tengo bastantes amigos que me defiendan de las calumnias de los mendigos.

— Pero ¿y si no se tratase precisamente de vos?

— ¿Cómo?

— Si se tratase, por ejemplo, de Margarita.

— ¡Margarita!

— Creo que no quedarais tan indiferente a las calumnias que la alcancen.

— ¡Dicen mal de Margarita!

El buen Tanneguy se habia levantado a medias. Su rostro estaba palido, y su robusta mano se apoyaba con fuerza en la mesa de pino.

El abate Kersaint era muy amigo de Tanneguy para no seguir, a pesar de la cólera que bullia sordamente en el pecho del padre de Margarita.

— Amigo mio, dijo, me he decidido a deciros la verdad y no quiero ocultaros nada. Erico ha dicho, y yo os lo repito para que tomeis vuestras medidas y hagais cesar estas calumnias. Erico ha dicho que hace algunos meses recibis con frecuencia en vuestra casa a un joven que su posición social debia alejar de Margarita.

— ¡Octavio! balbuceó Tanneguy.

— Octavio, repitió el cura; yo sé, y todos vuestros amigos, que el joven Octavio entra en vuestra casa al volver de caza, alguna mañana que le hace madrugar este deseo; pero Erico ve las cosas de otro modo, y las espere con comentarios que pueden perjudicar la reputacion de Margarita.

— ¡Miserable! murmuró Tanneguy clavando sus uñas en la mesa.

— Eso dice, amigo mio: es triste, es doloroso tener que defender de tales indignidades a una niña tan pura como Margarita; pero por desgracia cuanto mas falsa y absurda es una calumnia, mas crédito encuentra entre nuestros campesinos; ya estais avisado, y estoy seguro que dentro de poco tiempo no se hablará mas de esto.

Tanneguy no respondió; sus miradas se fijaban ardentemente en el suelo; una livida palidez se habia extendido por sus mejillas, y su corazon latia con fuerza.

Se levantó.

— Señor cura, dijo con voz profundamente conmovida, os doy las gracias por Margarita y por mi, habeis tenido valor para decirme la verdad, y ahora comprendo muchas cosas que antes no podia explicarme.

— ¿Qué? preguntó el cura.

— ¡Oh! nada: las sonrisas de los unos, el aire contraido de los otros, la alegría maligna de todos. La infamia, señor cura; Margarita está perdida.

— ¿Y pensais vos?

— Perdida, os digo. Margarita es pura como la rosa de mayo; pero no lo creen así... yo me vengaré.

— ¡Tanneguy!

— No es nada... quedad tranquilo... Tendré calma; pero la sangre de los Tanneguy hierva en mis venas, y lo probaré.

— ¿Qué pensais hacer?

— Vais a saberlo en pocas palabras. Margarita se volverá con Juana, vuestra vieja criada, a la hacienda de Lanmeur; yo mientras tanto iré a arreglar mis negocios con el mayordomo de Kerhor, y mañana dejaré el país.

— ¡Partir!

— Mañana, señor cura.

— Vos variareis de resolucion.

— No marcharé sin apretaros la mano; pero marcharé.

Tanneguy saludó al cura y franqueó resueltamente el umbral de la puerta.

Y detras de los árboles del jardin se oian aun los alegres acentos de la voz de Margarita.

### III.

Al salir de Saint-Jean-du-Doigt se encuentran dos caminos que conducen al castillo de Kerhor, habitacion de la madre de Octavio; el uno recientemente concluido servia para los carruajes; el otro natural, se habia formado por el paso continuo.

Tanneguy, al dejar el presbiterio, se encaminó por este último, que seguia hasta el castillo el caprichoso curso de la costa.

Estaba profundamente agitado.

Su baston se apoyaba con seco ruido en los picos salientes de la roca, y apretaba el puño alguna que otra vez.

A medida que nos alejamos de Saint-Jean-du-Doigt, el aspecto del suelo es monótono y casi desnudo, la lozana vegetacion del interior desaparece; no se ve aquí y allí mas que algunas áridas praderas, cuya yerba marchita ha quemado el viento de la tempestad.

Los rayos del sol, alumbrando este cuadro, le daban una tristeza silenciosa y desesperada, y Tanneguy recibió una enojosa impresion, que aumentaba mas sus cruces preocupaciones.

De repente se detuvo.

A algunos pasos de él, y sobre la punta de la roca que dominaba toda la playa, se veia una miserable cabaña recubierta de paja. Sobre el umbral estaba sentado un hombre; arreglando filosóficamente los andrajos con que estaba vestido.

Tanneguy lo reconoció en seguida.

Era Erico el mendigo, como lo llamaban en el país. Al salvaje grito que el viejo breton arrojó a su vista, levantó el mendigo su pálida cabeza.

Por una especie de adivinacion magnética, presintió alguna catástrofe, y concibió por un momento la idea de sustraerse a esta indiscreta visita; pero era tarde.

Cuando quiso huir se encontró frente al viejo Tanneguy.

Dicen que contra mala fortuna buen corazon, y Erico, que no dejaba de tener destreza, se adelantó al peligro resueltamente.

— Buenos dias, señor Tanneguy, dijo descubriéndose con humildad ante el viejo descendiente del condestable; el pobre Erico no os ha olvidado esta mañana en sus plegarias, ni a vuestra encantadora hija, y si a Dios place oirme, bajarán sobre vuestra casa las bendiciones del cielo.

— Gracias, Erico, respondió Tanneguy conteniéndose; las plegarias de los pobres son agradables a Dios, y no dudo que las oirá si son sinceras.

— ¿Podeis dudar de él? dijo con compuncion Erico.

— Algunas veces he dudado, dijo Tanneguy frunciendo las cejas.

— Sin embargo...

— Sin embargo, quiero hablaros, señor Erico.

— ¿A mí?

— A vos.

— Voy a salir.

— Saldreis mas tarde.

— La mañana es el mejor tiempo de todo el dia.

— Y bien, lo tendré en cuenta, objetó Tanneguy bruscamente arrojándole una moneda que el mendigo se apresuró a recoger; quiero hablaros, y es preciso que os hable.

El mendigo metió en su bolsillo el dinero, mostró su cabaña a Tanneguy invitándole a entrar.

La cabaña habia sido construida por el mismo mendigo con algunos maderos que el mar habia arrojado a la costa en los dias de tempestad, y con tierra que habia recogido en su camino; el viento y las aguas del invierno la habian deteriorado considerablemente, y el techo, compuesto de paja y algunas ramas de árboles, comenzaba ya a hundirse. Pero por mezquina que fuese esta habitacion, bastaba para Erico, que por otra parte no la habitaba de continuo; en los dias malos se creia dichoso con encontrar un abrigo en ella.

Un haz de paja echado en un rincón le servia de lecho, no teniendo otro adorno la cabaña que un mal escabel cojo, que le habian dado los criados del castillo de Kerhor.

Cuando entró Tanneguy, se sentó Erico sobre el haz de paja, poniendo a su derecha el baston y a su izquierda las alforjas. Reflexionaba, habia adivinado de seguida de lo que se trataba, y estaba decidido a afrontar la cólera del viejo breton; no ignoraba que Tanneguy era violento y arrebatado, que no se detendria ante las consecuencias extremas de su arrebatado; pero el mendigo se encontraba fuerte, agradándole que la casualidad le ofreciese esta ocasion de tener una explicacion decisiva con el padre de Margarita.

No experimentó la menor emocion al entrar este último, y una sonrisa casi irónica asomó a sus labios cuando vió a Tanneguy recorrer la cabaña silenciosamente sin saber de qué modo entablar conversacion.

Erico tuvo lástima de él, y se adelantó a sus deseos.

— Habeis querido hablarme, dijo, vedme aquí pronto a escucharos, y dispuesto a hacerlos los servicios que puede un pobre mendigo como yo. Conozco bien el país, sin lisonjearme; si deseais tener noticias de algunas

buenas tierras que comprar, soy el hombre que buscáis.

— No se trata de eso.

— ¿Pues de qué? preguntó con fingida sencillez el mendigo.

— Se trata de vos, de vos solo, prosiguió Tanneguy, cuyas megillas se colorearon vivamente dando en el suelo con su baston.

Erico le miraba estúpidamente y como si buscara en vano el sentido de sus palabras.

— ¿De mí? preguntó con extrañeza admirablemente fingida; ¿de mí, señor Tanneguy? yo soy un pobre mendigo que debe su existencia a la caridad de los habitantes de la costa. Seré dichoso con seros útil, y repito, soy el hombre que buscáis.

— Sea, dijo reprimiendo un movimiento de impaciencia Tanneguy, os obstináis en no comprenderme: y bien, hablaré con mas claridad; escuchadme pues, señor mendigo, y sobre todo retened lo que voy á decir, pues os aseguro que os costaría caro el olvidarlo.

Y al hablar así, apretaba el baston con su crispada mano; sus cejas se fruncian, y sus miradas lanzaban ardiente fuego.

Erico seguía todos sus movimientos con una impasibilidad verdaderamente admirable.

— He sabido, dijo con voz firme y breve Tanneguy, que no os contentáis solo en vuestras vagabundas correrías con implorar la caridad pública, y añadís á ese oficio el de espía y calumniador.

— ¿Yo? dijo Erico, que se sentía palidecer.

— Vos, prosiguió Tanneguy, vos, Erico el mendigo; y lo mas infame y vergonzoso de estas calumnias, es que os guardáis bien de dirigir las á los que podrían haceros callar castigándoos, ó vengarse matándoos; y vuestros ataques se dirigen con preferencia á niñas que no tienen otra defensa que sus lágrimas, ni otro refugio que su silencio.

La fisonomía de Tanneguy mientras hablaba, se habia revestido de un carácter particular de ardiente cólera, que pareció inquietar á Erico.

Pero sobreponiéndose á esta pasajera inquietud, ensayó una modesta sonrisa.

— Os han engañado, señor Tanneguy, respondió; yo voy de un lado á otro por el pais, viviendo de las limosnas de todos, y jamás me ha venido la idea de hablar mal de los que me socorren. Sin duda que veo y oigo muchas cosas, y cuando vuelvo por la noche á mi pobre cabaña, tengo mas llena la memoria que las alforjas; pero tomo á Dios por testigo de que nunca he contado lo que he visto ó oido.

— Sin embargo, me lo han dicho, objetó Tanneguy.

— Os han engañado, replicó el mendigo, que iba recobrando poco á poco su firmeza; ved, replicó con una especie de complacencia negligente, hay en el pais quien me quiere y quien me aborrece. Los unos dicen bien de mí, y los otros mal. Esto no se puede impedir, señor Tanneguy; siendo honrado, y no teniendo nada que le reprochen, se va siempre por su camino sin inquietarse por los malvados.

Tanneguy se detuvo á dos pasos de Erico.

Las palabras del mendigo no le habian calmado; sus cejas se juntaban, los dientes mordian sus labios con mal contenido furor.

— Bien, dijo con acento imperioso, como para imponer silencio al mendigo; bien, tú no eres culpable, tú no has dicho nada, me han engañado; puesto que lo aseguras, lo creo. Yo no quiero hablar de lo que ha sucedido, sino advertirte para el porvenir; es posible que alguno te pague por venir á espiar lo que pasa en mi casa, pero no sufriré esto mas, y tengo firme intencion de impedirlo.

— ¿Y como? interrumpió Erico con una sonrisa casi burlona.

— Prohibiéndote que te acerques á la granja, respondió Tanneguy.

Erico se encogió de hombros.

— ¿Y podrá ser eso? preguntó jugando con su baston; yo voy á Lanmeur todos los dias, y solo Dios puede impedirme el ir.

— Eso lo veremos, dijo Tanneguy embriagándose en su propia cólera.

— ¡Oh! está visto.

— ¿Irás?

— Iré.

— ¿Y si te lo prohibo?

— Sobre todo si me lo prohibís.

— ¡Miserable! exclamó Tanneguy.

Y su rostro tomó una expresion terrible, sus ojos se inyectaron de sangre, levantando su baston sobre la cabeza del mendigo.

Este último no se movió; pero su mano se deslizó sin hacer ruido en la alforja que tenia á su lado, retirándola un momento despues con una mala pistola de bolsillo que tenia oculta constantemente.

La cólera de Tanneguy se habia extinguido tan rápidamente como se encendió; su arma permaneció un momento suspendida sobre la cabeza del mendigo sin resolverse á dejarla caer.

Pero al ver el movimiento de Erico y su mano armada con la pistola que acababa de sacar de su alforja, y que parecia dispuesto á hacer uso de ella, se reanimó su cólera instantáneamente, sus manos se crisparon, y de un golpe vigorosamente aplicado, hizo caer á sus piés la pistola del mendigo.

Erico permaneció como aturdido por este repentino ataque; se levantó de un salto, arrojándose ávidamente sobre la pistola que acababa de escapársele; pero Tanneguy habia puesto ya un pié sobre el arma.

Erico le miraba estúpidamente, no sabiendo si avanzar ó retroceder.

— Sois un miserable, señor Erico, dijo el viejo breton con voz mas calmada; y si escuchase solo mi cólera, vengaría de un solo golpe á todas las gentes honradas de los alrededores que habeis calumniado como á mi pobre Margarita; pero os prevengo que no perderéis nada con esperar, si continuais siendo el digno instrumento de las venganzas del castillo.

Y como Erico, mudo é inmóvil, no quitase los ojos de la pistola, continuó el viejo breton arrojándola fuera de la cabaña:

— Tened cuidado, señor mendigo; jugáis un mal papel que os conducirá mas lejos de lo que queráis. Es todo lo que os digo por ahora; pero reanudaremos esta conversacion si os vuelve el deseo de rondar la granja.

Al acabar Tanneguy estas palabras ganó la puerta, desapareciendo al poco rato en el sendero de Kerhor.

Erico le habia seguido hasta el umbral; cuando le vió desaparecer, entró en su cabaña, puso al hombro la alforja y cogió su baston.

— Si lo quereis, señor Tanneguy, será esta noche cuando prosigamos nuestra conversacion, dijo con irónica sonrisa.

Y se alejó rápidamente, tomando la direccion de Saint-Jean-du-Doigt.

## IV.

Margarita se encontraba en su cuarto al concluir el dia, meditando tristemente en los acontecimientos que se habian sucedido en el espacio de algunas horas.

La pobre niña sabia los proyectos de partida de su padre, y su corazon se destrozaba al recordar que á los pocos dias tendria que dejar su pais, á donde se sentia retenida por lazos misteriosos é irresistibles. Cuando este amargo pensamiento venia á su imaginacion, la imagen sombría y desesperada de Octavio pasaba ante ella, y sus ojos se llenaban de lágrimas.

Margarita amaba á Octavio con santa y pura amistad; pero la amistad en una niña sencilla y pura como ella, termina con frecuencia en amor.

Hacia algun tiempo que experimentaba Margarita al acercarse Octavio sintomas singulares que llenaban su alma de turbacion y espanto.

Su corazon latía con fuerza en el pecho; la sangre circulaba mas ardiente por sus venas; todo su cuerpo se estremecía de felicidad si la mano del jóven tropezaba por casualidad en la suya. Tenia por la noche extraños insomnios.

A los pálidos rayos de la luna le parecia ver á los ángeles sus hermanos, sentarse á su cabecera y contemplarla tristemente; se asustaba á su pesar, y por una contradiccion que no podia comprender, amaba esta turbacion, este espanto, esta vaga inquietud que llenaba su alma.

¿Qué sucederia cuando se alejase, cuando le fuese preciso dejar el pueblecillo para siempre, cuando tuviera que renunciar á ver á Octavio?

Margarita no tenia fuerzas para resistir á la voluntad de su padre, ni lo pensaba, ni tenia valor para ello; se decidió á hacer el sacrificio de su amor y morir lentamente antes que entristecer á su anciano padre con una repulsa; y sin embargo, ¡cuántas lágrimas, cuánta tristeza y desesperacion!

Juana, la vieja sirvienta del abate Kersaint, no habia dejado á Margarita, y como se hacia tarde, le ofreció su ayuda para despojarse de los vestidos del dia.

Estos cuidados arrancaron por un corto rato á Margarita de sus tristes preocupaciones. La mujer volvia á ser niña para admirar cada adorno que le quitaban sin dejar de mirarse en su pequeño espejo, como para asegurarse que siempre era linda.

Al quitarle su collar de blancas perlas, levantó con orgullo su hermoso cuello de cisne, mas blanco que la nieve, y su mirada acarició con amor los contornos de su talle al despojarle de su sobretodo de paño que la anciana fué á depositar en un gran baul esculpido; pero cuando Juana desató el nudo que sujetaba sus cabellos, y los sintió deslizarse en gruesos bucles por sus espaldas y su seno desnudos, se sonrojó, cruzando sus brazos sobre su naci, garganta con un gesto lleno de pudor.

— ¡Estaba tan bella así! ¡Habia tanta castidad y hermosura en su actitud! Su mirada brillaba con tanto amor y pudor contenidos, que la anciana Juana se detuvo un instante para contemplarla y admirarla. Estaba bella, santa y pura; el viento de las pasiones no habia soplado aun sobre esta naturaleza delicada; su corazon era tan puro como su alma, y su alma era tan blanca como al salir de manos de Dios.

Cuando vió Margarita que Juana permanecia ante ella de pié entregada á una muda admiracion, arrojó una risita viva y dulce como el grito de un pájaro, y fué ella misma á tomar una ancha bata blanca; despues de asegurarse que toda ayuda extraña era en adelante inútil, despidió á la anciana y quedó sola.

Primero se puso á pensar en su partida, y empezó á poner en orden los objetos que queria llevar consigo, y como el reloj de Lanmeur diese las once, fué á arrojarse al pié de su lecho y empezó á rezar con las manos juntas y los ojos elevados al cielo.

Pero apenas habia empezado, una emocion febril hizo temblar sus manos, bajó los ojos, y volviéndose vivamente, vió un hombre en pié en medio de la habitacion.

— ¡Octavio! exclamó quedándose pálida como una muerta, ¡Octavio!

— ¡Margarita! respondió con tono suplicante el jóven.

— ¡Vos aquí! prosiguió Margarita, vos... ¡oh, Dios mio!... pero decid, ¿cuál es vuestro pensamiento?... ¿quién os ha conducido? ¿cómo habeis venido? decid, decid, respondedme.

Y como no se sintiese con valor para decir mas, dejó caer suspirando la cabeza entre sus manos.

El jóven se adelantó hácia ella, y antes que pudiese impedirlo, le cogió una mano.

— Margarita, dijo con voz cortada por las lágrimas, mi linda Margarita, no lloreis así; escuchadme, vais á partir.

— ¡Partir! dijo Margarita levantando la cabeza.

— Segun me han dicho, mañana me veré separado de vos para siempre. ¡Oh! no he podido aceptar este cruel pensamiento; he querido veros otra vez aun, daros el último adios; he venido, Margarita; ¿tendreis la crueldad de decirme que he hecho mal?

— Y bien, contestó la jóven, habeis venido, Octavio, me habeis visto; ya podeis partir.

Y como se dirigiese á la puerta disponiéndose á abrirla, Octavio la detuvo.

— Pensad que no puedo salir por esa puerta, dijo; si encontrase á alguno en este momento, seriais perdida.

Margarita corrió entonces á la ventana y la abrió; el campo estaba tranquilo, el cielo cargado de nubes; nadie velaba por los alrededores; pero tenia quince piés de elevacion, y al caer podia matarse.

Volvió á sentarse triste y pensativa al pié de su lecho.

Por algunos segundos reinó en la habitacion un silencio embarazoso.

Octavio permanecia en pié mirando la afliccion de Margarita, que tenia sus ojos fijos en el suelo. Hubo un momento en que vió correr dos lágrimas silenciosamente por sus megillas.

Un profundo sentimiento de piedad se apoderó de él; comprendió que se hacia odiosa su posicion. Por primera vez hacia temblar á esta niña, y se echó en cara su cobardia.

— Margarita, dijo, yo os amo con toda la ternura que Dios ha puesto en mi corazon; os amo como un insensato... esta es mi falta... ¿No me perdonareis?... ¡Oh! no lloreis así... yo me iré... no está tan elevada esta ventana que no pueda ofrecermos salida. Me iré. Despues de todo, ¿qué importa que muera si os salvais vos... vos, Margarita mia, mi amada Margarita!

Margarita le miró al través de sus lágrimas con profunda melancolia.

— Octavio, respondió, decís que me amais, y es preciso creerlo, sobre todo en este momento.

Y tomó un tono grave y una actitud seria y reflexiva.

— Octavio, prosiguió, no podeis retiraros por esa puerta, pues como decís, es fácil que alguien os vea, y seria perdida. Esta ventana tampoco os ofrece mejor medio de retirada, y aunque me lo proponeis, seré tan generosa como vos no aceptando. Es preciso pues que permanezcáis aquí hasta el dia. Pero espero de vuestra lealtad, añadió designándole un extremo de la habitacion, que no franqueareis la distancia que voy á poner entre los dos.

(Se continuará.)

## Paul Julien.

Damos aquí el retrato de un jóven violinista francés, M. Paul Julien, que se halla en este momento en Buenos Aires, donde su talento ha excitado la mas viva admiracion. Gracias á la buena amistad de un ilustrado amante de las artes, que cultiva con brillo, el señor don Santiago Calzadillo, no ha tropezado allí con obstáculo alguno. Tocó por primera vez en los salones de M. Guion, agente de la casa de Erard en Buenos Aires, y la acogida que recibió por parte de un auditorio escogido, podia hacer presagiar sus triunfos en los teatros de Colon y de San Felipe. Renunciamos á describir el entusiasmo que ha despertado el jóven artista en aquel pueblo apasionado por las artes y tan delicado apreciador del talento. Los periódicos de la ciudad no hablan de otra cosa que del prodigioso efecto que ha producido. Nuestro retrato está tomado de una excelente fotografia recibida de Buenos Aires.

H. C.

## Los wagones de los ferro-carriles

CALENTADOS POR EL AIRE CALIENTE.

(Sistema inventado por MM. J.-J. de Aubonne y Trouttet.)

Hace mucho tiempo que el público está esperando que se calienten los trenes de los ferro-carriles; y si esta cuestion de humanidad, sobre todo para las clases pobres, no se ha resuelto aun, es porque no se han propuesto los medios conducentes. Y sin embargo, en todos los paises donde el invierno hace sentir sus rigores, no solo los aposentos, sino los edificios públicos se calientan con el aire caliente. ¿Es imposible extender este uso á un tren de viajeros?

El sistema de MM. J.-J. de Aubonne y Trouttet, sistema que reúne la doble condicion de la sencillez y de la economia, responde satisfactoriamente á esta pregunta. Hé aquí en qué consiste:

A la cabeza de la locomotora, un poco mas arriba del nacimiento de la chimenea, se coloca un pequeño cono

